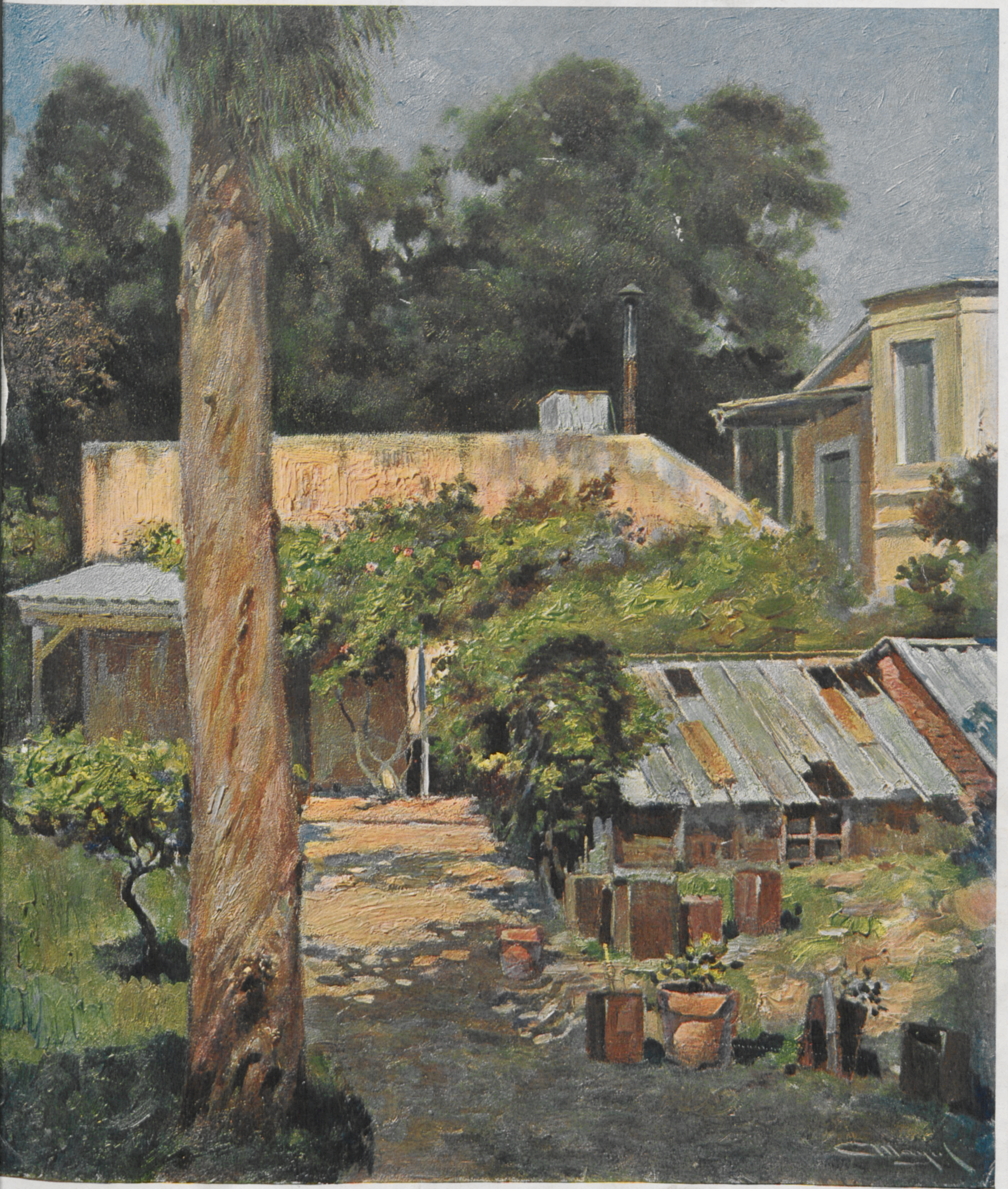




Play Ultra



Ibero-Amerikanisches Institut
Berlin
Preussischer Kulturbesitz
ZK 2000/1468



Handwritten signature.

UN RETORNO A LA INFANCIA



La intrépida aviadora inglesa, Mrs. Stocks había conseguido volar como un águila. Su feminismo cerniase sobre las ciudades y los campos; desafiaba el peligro. Y una tarde las alas postizas no quisieron sostenerla más, y la linda aviadora cayó sobre el aeródromo de Hendon. El violento golpe la sumergió en la inconsciencia.

Durante treinta días, Mrs. Stocks no dió señales de vida espiritual. El águila, como si se tratara de una fábula, se había transformado en un pingüino.

Aconsejados por los médicos, los parientes de Mrs. Stocks la internaron en el hospicio-escuela de Bicêtre, célebre en la educación de niños retardados.

En aquel establecimiento comenzó la segunda infancia de la desdichada aviadora. El médico-jefe del hospicio, doctor Roubinovitch, especialista en esta clase de enfermedades, aseguró que por primera vez se le presentaba un caso de amnesia tan completo de una persona adulta. La pérdida total de la memoria, en efecto, muy frecuente entre los niños, no se presenta sino raras veces en las personas mayores.

La enferma tenía una gran superioridad sobre los pequeños desheredados que se atienden en ese hospicio. En ella sólo es necesario evocar; en los retardados se precisa crear.

El método empleado para conseguir que Mrs. Stocks readquiriera el deseo de tomar y tocar las cosas, tiene cierta analogía con el que se usa en el asilo. Las enfermeras lanzan una pelota hasta que el niño la agarra, es decir, hace un movimiento razonado, según el tamaño de la pelota y la altura a que se eleva. Después, para crear en el niño la idea de la posesión, trata de arrebatarle la pelota por la fuerza. Tres bolitas suspendidas por hilos eran lanzadas sucesivamente hacia Mrs. Stocks; ella se ejercitaba en atraparlas al vuelo, desenvolviendo así su sentido táctil, mientras realizaba un esfuerzo muscular débil, pero que no le resultó penoso. Poco a poco, logró acordarse de los movimientos que antes le eran familiares.

Para ejercitar, al mismo tiempo que su memoria, la agilidad y destreza de sus dedos, se le dió a Mrs. Stocks uno de esos rompecabezas infantiles, en los cuales, mediante trozos regulares, se reconstruye una estampa. La enfermera, pacientemente le sugería la idea de lo que es preciso hacer, enmendando los errores de ajuste en que incurría. Este entretenimiento hizo trabajar a su cerebro de un modo razonable, reavivando nociones de simetría.

Uno de los trabajos más penosos fué el de enseñarle a andar. Se preparó una alfombra de papel, sobre la cual se imprimieron las huellas de unos botines. Así se consiguió que anduviera lentamente. Pero no termina ahí la enseñanza: la enferma sabía andar, mas sin conservar la línea recta; como les sucede a las personas a quienes se le vendan los ojos, Mrs. Stocks todavía daba pasos apartándose de la dirección que debiera seguir.

La paciencia de la enfermera consiguió despertar la facultad de la locomoción en esta mujer que, por subir a las alturas de la atmósfera, cayó en los abismos de la amnesia.

¿SUFRE Vd. DEL ESTÓMAGO?

¿No tiene apetito? ¿Digiere con dificultad? ¿Tiene gastritis, gastralgia, disentería, úlcera del estómago, neurastenia gástrica, anemia con dispepsia, una enfermedad de los intestinos? Después de las comidas, ¿tiene eructos agrios, pirosis, vahídos, pesadez de cabeza, sofocación, opresión, palpitaciones al corazón? ¿Tiene Vd. DISPEPSIA y dolores al vientre, a la espalda, vómitos, diarrea? ¿Se altera con facilidad, está febril, se irrita por la menor causa, está triste, abatido, tiene por las noches sueño agitado? ¿Ningún remedio, ningún régimen ha podido curarle? Tome el famoso STOMALIX del Dr. Saiz de Carlos, y recobrará la salud. Treinta años de fama universal. Venta Farmacias y Droguerías, en frascos grandes y chicos. Pidan folletos a Carlos S. Prats, San Martín número 66, Buenos Aires.



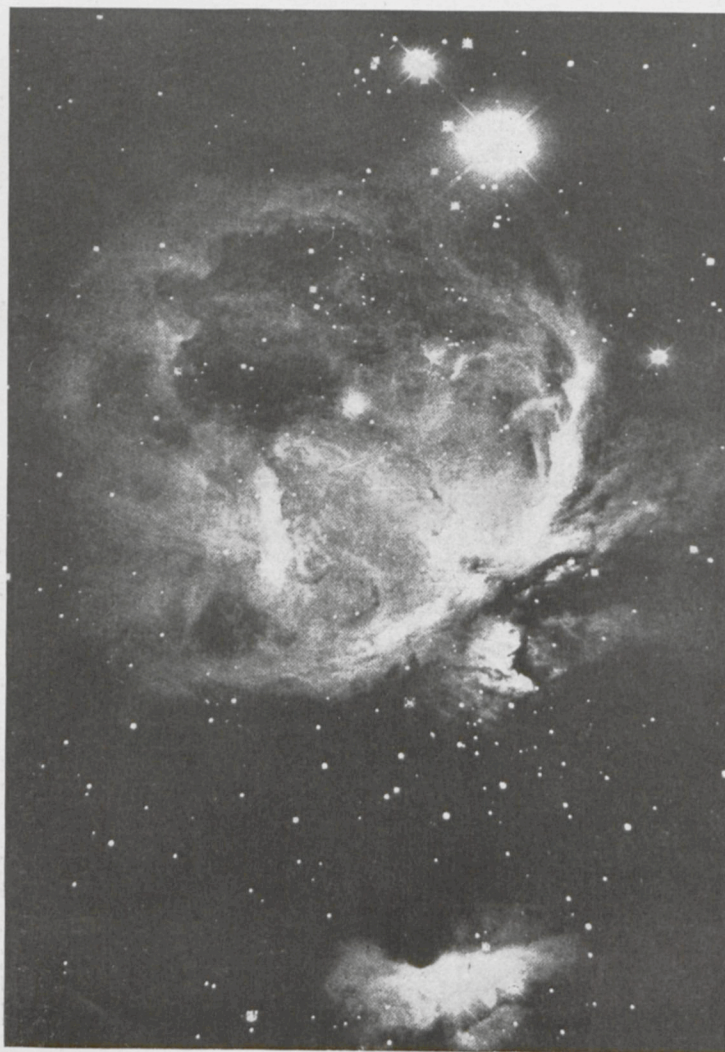


Cierto es lo que ha dicho el Doctor E. Wilde: "La palidez está siempre muellemente tendida en la cara de los abatidos. Usted tiene a su alcance el medio y remedio más rápido y eficaz.

Oporto DOM LUIZ elimina la palidez y la sustituye por los bellos colores de la salud, a la vez que levanta el espíritu de los deprimidos.

Pida claramente **Oporto DOM LUIZ**

LA GRAN NÉBULA DE ORIÓN



El gigantesco y mitológico cazador, a quien la hermosa cazadora Diana supo convertir en un haz de estrellas, la constelación de Orión, en una palabra, tiene desde hace siglos intrigados a los astrónomos.

Huygens, en 1659, se expresaba así: «Entre las estrellas fijas se advierte un fenómeno digno de consideración, y en el que hasta ahora, que yo sepa al menos, nadie ha reparado, si bien es verdad que para observarlo se necesitan grandes anteojos. En la espada de Orión hay tres estrellas casi unidas; en 1656, cuando casualmente observaba la de en medio con el anteojo, en vez de hallar una sola estrella, se me aparecieron doce; de ellas había tres, que casi se tocaban y con otras cuatro brillaban a través de una nébula, de modo que el espacio que las rodeaba parecía más brillante que el resto del cielo, cuyo aspecto era negro, lo cual se debe a una abertura del cielo que nos permite divisar una región más brillante.»

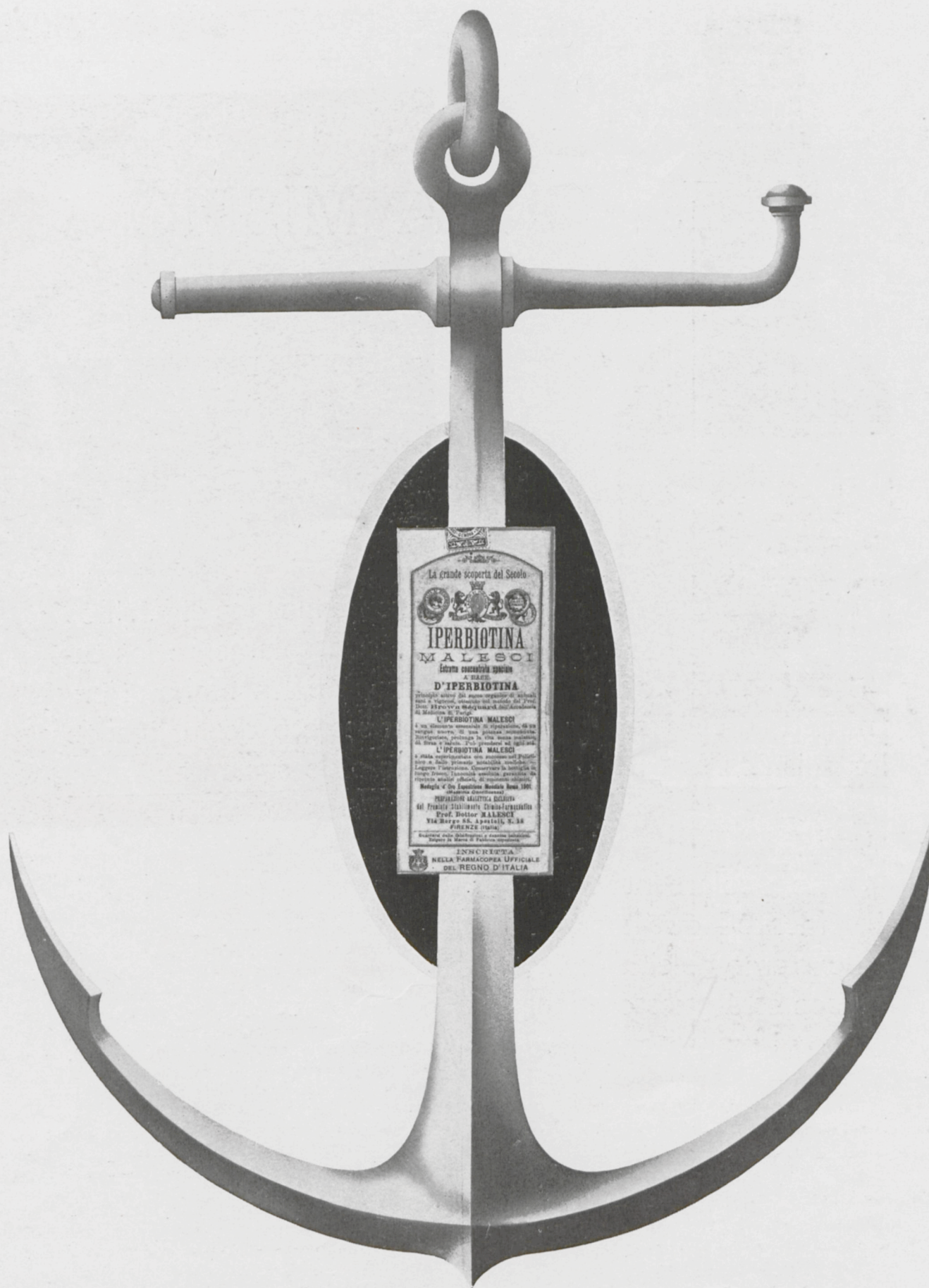
La astronomía moderna descubrió que no hay tales aberturas, sino que las nébulas propiamente dichas, esto es, aquellas que los telescopios más poderosos no lograron resolver, parecen constituir masas compactas, muy semejantes a las colas de los cometas.

Hay astrónomos que sostienen que las nébulas son nebulosas todavía no resueltas en estrellas, por no existir aparatos telescópicos dotados del necesario poder de aumento. El examen espectroscópico de las nébulas, sin embargo, autoriza a creer constituyan masas de materia gaseosa en estado incandescente. El ázoe y el hidrógeno son los dos gases que entran principalmente en la composición de las nébulas.

Reproducimos la más hermosa fotografía que se ha hecho de la gran nébula de Orión. La masa de ésta se calcula que tiene un diámetro de 50.000.000.000.000 de millas, cantidad fuera del alcance de la imaginación humana.

Lo que sí es dado a la fantasía del hombre, ignorante o sabio, es admirar estas maravillas del cielo, soñando con algo infinitamente superior que las cosas terrestres.

Orión, una de las más brillantes constelaciones, es ese inmenso trapecio que adorna nuestras claras noches de verano. En noviembre comienza a ser visible en nuestro hemisferio y a finales de abril desaparece. Las tres estrellas que lucen en el centro del trapecio son las Tres Marias, a quienes las niñas dan las buenas noches repetidas veces, deseando con esto que se aclaren las nébulas de sus amores.



El ancla de salvación para el que no puede luchar
contra la corriente que lo arrastra... para el débil o
enfermizo... para el que necesita dar vigor a su vida.

IPERBIOTINA MALESCI

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia)
Inscrita en la Farmacopea del Reino de Italia

VENTA EN LAS DROGUERÍAS Y FARMACIAS

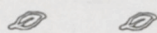
M. C. de MONACO

Unico Concesionario-Importador en la República Argentina
Viamonte, 871 - Buenos Aires

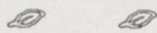
NI EN CUBA MISMO



I en Cuba mismo es posible igualar los cigarrillos REINA VICTORIA porque solamente los tabacos más finos y costosos de La Habana entran en su elaboración y porque el secreto de la liga de los mismos es del dominio exclusivo de sus fabricantes.

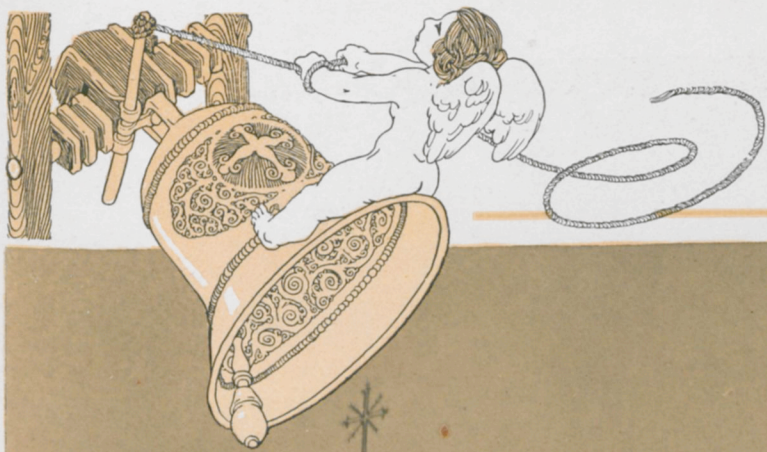


Y no es solamente el magnífico habano—ligado tan sutilmente—que hace a los cigarrillos REINA VICTORIA en extremo deleitables, es también la manera con que el tabaco está puesto en el cigarrillo; compacto, llano, sin polvo ni palo; tabaco perfecto y perfectamente elaborado.



Es por estos motivos que, dondequiera que usted compre sus cigarrillos, cualquiera que sea el precio que usted esté dispuesto a pagar—aún en Cuba mismo—no se pueden conseguir cigarrillos semejantes a

Reina Victoria



PLM
VITRA.

AÑO II.

NÚM. 9.



RECUERDOS COLONIALES.

IGLESIA DE LOS JESUITAS
EN ALTA GRACIA (1690).

Para el transeunte curioso,—*flâneur désœuvré*, transportado de París a la ciudad natal,— que ambula a ratos por las calles al acecho de almas y rincones interesantes, nada puede ser más atrayente que la vida tumultuosa de los niños en los jardines bañados por el sol de este comienzo de Primavera.

Lejos de todas las complicaciones filosóficas, en plena comunión con las realidades, acortando la distancia que pone la edad entre los seres, dialogamos con el infante que en el azar de sus carreras locas ha venido a rodar al pie del banco en que nos sentamos un momento.

—¿Te has hecho daño?
—¿Por qué?
—¿No te has caído?...
—Yo me caigo siempre y no me hago daño porque soy el general...

—¿El general de qué?
—De las tropas... ¿no ve?... allá vienen... cargando a la bayoneta...

—¿Contra quién?
—Déjeme...
—¿Pero contra quién?
—...déjeme...

Lo detenemos suavemente para descubrir antes de que llegue el tropel tumultuoso de sus parciales el hilo de oro del ensueño que le hace tan feliz.

—¿Con qué ejército están ustedes en lucha?

—El enemigo no se ve porque está muy lejos...

—¿Y han ganado la batalla?

—Siempre ganamos, porque tenemos escopetas de corcho.

Los pájaros detuvieron sus gorjeos en los árboles para observar como, al desasirse en un esfuerzo, agitaba el niño triunfalmente el arma minúscula e inofensiva que le llenaba de seguridad marcial.

Los jardines constituyen en realidad el verdadero escenario de los niños, ya sean los parques suntuosos de las viviendas aristocráticas donde las plantas tropicales extienden las anchas hojas brillantes sobre los caminos bien cuidados, ya las huertas modestas de las casitas suburbanas en las cuales domina tras la verja el ingenuo arabesco de los arrayanes, ya las plazas públicas, soleadas y democráticas por cuyas amplias arboledas circulan los vencidos y los privilegiados, los hoscos transeuntes sin vivienda que se dejan caer pesadamente sobre los bancos y los grupos ágiles y curiosos que bajan alegremente de los automóviles.

En todas partes los niños corren, se interpelean, ensayan incipientes partidas de *foot-ball* y parece que los jardines para recibirlos reverdecen sus alfombras de césped y ponen nuevo brillo en la corola de las flores.

En la rosalada de Palermo, junto al lago, sorprendí cierta vez una escena sencilla, no exenta de lejano y misterioso simbolismo.

Bajo la vigilancia de la institutriz meticulosa y correcta, jugaban en una de las escaleras que bajan hacia el agua dos niños rubios que parecían dialogar realmente con un lujoso polichinela. Los cisnes, hastiados, resbalaban, dispersos, a la distancia. Un cielo muy azul bajaba en curva hasta los últimos árboles. Y en la avenida circular, pintada de amarillo por el sol, continuaban su eterna ronda los carruajes de los cuales emergía de pronto una mano que saludaba o la mancha viva y fugaz de una sombrilla.

De pronto uno de los niños levantó en alto el polichinela que, oprimido en sus resortes, empezó a hacer resonar acompasadamente los platillos. Y algo inverosímil metamorfoseó la fisonomía del lago. Como movidos por una fuerza secreta acudieron de todas partes presurosamente los cisnes y se agruparon en tumulto al pie de la escalera, rozando los bordes con sus pechos de nieve. Los niños, sin sorprenderse, como si aquello fuera natural, se sentaron en el último escalón con el polichinela sobre las rodillas. Y todo se inmovilizó bajo el cielo, oprimido por un soplo extraño. Con



COMENTARIOS DE VN TRANSEVANTE LOS NIÑOS EN LOS JARDINES

los largos cuellos tendidos y los ojos atentos, observaron los cisnes el juguete, penetrados de una gravedad desconcertante, como si él contuviera el secreto de alguna verdad suprema y desconocida. Los niños, silenciosos, contemplaron a su vez a los cisnes, con cierta superstición respetuosa. Y en el mutismo y la quietud pareció que durante largo rato niños y cisnes fraternizaron, adivinando que llevaban en las almas, con la ilusión de un polichinela, el reflejo lloroso de un rayo de luna.

Las complacencias del jardín, no van hacia el grave lector que se recluye en un banco con el libro o la revista, ni hacia la coqueta bulliciosa que todo lo sacrifica al efecto y a la vanidad del *flirt*, ni mucho menos hacia los guardianes ciegos y vacíos que bostezan en medio de la vegetación y de las flores, como ciertos seres en la vida, sin comprender lo que les rodea. En realidad el jardín sólo abre sus puertas ideales a los niños, a los poetas y a las mujeres soñadoras; especialmente a los niños, a quienes entrega hasta las últimas perspectivas del mundo ilusorio de sus evocaciones.

Cuando atraviesa por los senderos musgosos el cortejo doliente de un asilo de huérfanos, interminable caravana de dolores uniformes bajo el uniforme del dolor, parece que vuelven todas las sombras que han huido de la tierra y que detrás de cada planta, en el cáliz de cada flor, vibra, como un saludo, el lejano sollozo de las madres muertas. Al tornar después del breve paseo a los claustros helados del hospicio, la visión del jardín resurge en los cerebros infantiles y es en la florida escena donde se agitarán en adelante todas las fantasmagorías, risa y llanto, de las almas emocionadas.

Los niños pobres tienen así su Versailles y li-

bertados por un momento de la miseria de sus tugurios, pueden fingirse interminables principados fabulosos.

¿Qué escritor, qué filósofo, qué poeta podría traducir el estado de espíritu de los tres chiquillos harapientos que en el Parque Lezama arrastraban ayer un carrito hecho con cuatro tablas mal clavadas, juguete ridículo y doloroso, improvisado un domingo por el padre obrero o por un vecino compasivo del infortunio? Los dos menores tiraban del vehículo fingiendo contener los saltos y escarceos de briosos e hipotéticos corceles que debían ir delante. El mayor cabalgaba junto a ellos sobre un trozo de madera, listón recogido en alguna lejana demolición, que conservaba aún las manchas de pintura y de lodo. ¿Sabéis lo qué creían representar? Difícil sería adivinarlo. Aquello era el coche presidencial. El jinete, edecán de guardia; los otros, cochero y lacayo.

—Cuidado al doblar la esquina,—decía el que guiaba la caravana.

—No hay peligro,—replicaba el mayor de los otros.

Y, naturalmente, se volcaba el landó.

—Auxiliemos al Presidente,—clamaban entonces en coro.

—¡Mucho cuidado!

—¿Está herido?

—¡Hay que avisar a la Asistencial!

Con indecibles precauciones levantaban un pequeño muñeco de trapo y lo volvían a colocar dentro del carro.

—Ahora todo va bien...

Así recorrieron fastuosamente las avenidas en medio de su imaginaria pompa, creyendo llevar al primer mandatario de la República en medio de las aclamaciones de todo un pueblo.

La tragedia del juguete en los primeros años de la infancia desvalida es tan honda y tan amarga como la de los sentimientos y las ambiciones en la vida del hombre y acaso las pasiones que nos agitan y conmueven a nosotros tienen menos

fundamento y menos consistencia final que los ínfimos trastos que desencadenan el llanto de los niños. En el albor de las vidas, los objetos más risibles cobran una significación trascendente y un alcance simbólico que es como la indicación o el presentimiento de las direcciones y las encrucijadas del porvenir.

Por eso la caridad del juguete es a veces superior a la caridad del pan, porque una se dirige al cuerpo, la otra se abre al espíritu, porque si la primera alimenta la vida, la segunda ensancha el imperio de la ilusión.

Así hemos visto alguna vez en un parque central el gesto admirable de la niña que al bajar del coche regala su muñeca a la hija de una mendiga.

Oprimiendo en la mano el billete que acababa de recibir, ésta expresaba efusivamente su agradecimiento y pretendía alejarse inútilmente porque la chicuela hambrienta que llevaba de la mano permanecía en éxtasis ante la muñeca de su benefactora.

Diálogo breve y penoso entre dos criaturas de la misma edad, tan diversamente tratadas por la suerte.

—Cierra los ojos, ¿no ves?

—¿Y dónde duerme?

—En mi camita de bronce...

—Yo no tengo cama y tampoco tengo muñeca, porque soy pobre.

—Llévatela...

Pareció que todas las flores del Parque se encendieron. Acababa de caer un rayo de sol sobre la vida.

MANUEL UGARTE.

DEBUJO DE FRIEDRICH.

REFLEJOS DE NUESTRAS GLORIAS

EL PASO DE
LOS ANDES

I

¡Fué, ante todo, la victoria del genio sobre la naturaleza salvaje... La cordillera, abrupta y tenebrosa, hubo de humillarse al paso del ejército redentor. Dijérase que el sol de la independencia sudamericana horadara los macizos de piedra con un rayo de luz.

Tal fué la gloria de la travesía, ampliada luego en los triunfos de la epopeya marcial... Ella, la inexpugnable barrera, estaba allí, envuelta en el misterio secular, aureolada por las supersticiones aborígenes, vedando el tránsito a los hombres con la lobreguez amenazadora de un gigante maléfico. Las colosales y escarpadas cumbres parecían acechar cualquier tentativa. Apenas si el arriero anónimo o el audaz peregrino animábanse, con pisadas furtivas, a deslizarse en sus sombríos valles transversales, estrechos, arenosos, negros, como ciertos senderos de las regiones dantescas... Y no sin que muchas veces el arremolinado sudario de las tormentas de nieve les envolviera en uno de sus pliegues funerales.

En el seno de aquellas montañas, la soledad, el silencio, la muerte, adquirían entidad fantástica. Las asechanzas del terreno salían al encuentro, como los dragones mitológicos de sus cavernas; ya en traídas avalanchas, en glaciares, en ventisqueros, en torrentes longitudinales sin puente posible, en precipicios fatales, o en derrumbamientos de peñascos y piedras de canto, como lluvias formidables. Y en pos de tales peligros, el cortejo invisible de los buitres voraces, y la rastrera compañía de las pumas y zorros, ocultos en los resque-

brajamientos de los vertientes, vigilando el desfallecimiento humano y anticipándose su saciedad en la presa.

Nadie osara contra las cadenas de montañas, en son de conquista. Acá, en su falda oriental, extendíanse las pampas, abiertas, incommensurables, donde el potro competía en rapidez con el huracán, y los gauchos respiraban brisas de libertad y esperanza, en su vida nómada... Allí, la cordillera andina levantábase ante ellas, enhiesta, inaccesible, enigmática. Era el contrafuerte de las teorías geológicas. Por sus cuestas ásperas ascendíase con el pensamiento hasta los días bíblicos del Diluvio. En las aristas de sus montes había reflejos de eternidad. Las razas indígenas adoraban sus cimas cubiertas de nieve o coronadas de fuego. Veían en ellas a las divinidades de sus leyendas teogónicas. Llegaban hasta atribuirles facultades omnipotentes... Para los hombres de la revolución de Mayo aquellas montañas eran, únicamente, la fatalidad en forma de muralla infranqueable; el obstáculo imprevisto; la fuerza ingénita del destino cerrando el derrotero de un ideal.

II

Frente a las cadenas de los Andes, a dos leguas al norte de Mendoza, vivaqueaban las legiones de la epopeya. Montaraces aun los paisanos venidos de los llanos y las sierras, precisándose guardias de baqueanos que les trajesen de sus frecuentes deserciones. Hoscos y bisoños los reclutas de cepa indígena. Más épicos los criollos, hidalgos de cuna, con arrogancia

hispana en cuanto a reglas del honor, aunque plenos de savia regional en sus modalidades.

Pintorescas las indumentarias típicas, mientras se proveían los uniformes. Ponchos y aperos clásicos; botas de potro y caña fuerte; calzoncillos de fleco cribado... Mezcla de infantes sanjuaninos y jinetes puntanos, morenos libertos, gauchos patriotas y huasos chilenos, que se ejercitaban en común en el campo de instrucción. Algunos con baguales clínicos, de cola al corvejón, por cabalgaduras. Otros, más diestros, ya fogeados en la guerra del Norte... Y bajo los arbolados del campamento, un hálito de laboriosidad incesante. Fraguas encendidas y martillos repiqueteando sobre los yunques. Los sables de los granaderos arrancando chispas a las piedras de molejón. Grupos que cosen correaes y revisan arreos. Otros que funden, en moldes inventados por el padre Beltrán, balas y cañones, con el metal de las campanas descolgadas de iglesias y conventos. Talleres que fabrican culatas de fusil y confeccionan morriones y fornituras. Por doquier la idea de la patria libre estimulando y encendiendo el entusiasmo en los corazones. Severa la oficialidad, en la disciplina. Altaneros todos los semblantes, como en los días de responsabilidades históricas. Y en el fondo de todas las pupilas la nebulosidad del porvenir; cortina de grandes acontecimientos ineludibles, velados como ciertas vorágines bajo la serenidad superficial de las aguas.

III

Eje central de aquel conglomerado de fuerzas y aspiraciones, una figura de lineamientos extraor-

dinarios: el primer capitán de América, don José de San Martín. Soldado aguerrido, de temple probado en la resistencia española contra las huestes napoleónicas. Carácter de acero, taciturno, invariable en la decisión y terminante en el mando. Reconcentrado noches enteras, allá en la habitación alta de su vivienda mendocina o bajo el toldo de la carpa militar, ideando el plan estratégico sobre los mapas y croquis de la cordillera, sin confiar secretos ni a la almohada de su lecho: extrañas vigiliadas — pábulo de comentarios — que denunciaban, con su luz nocturna, investigaciones mentales y problemas sin solución, como las de Alberto Magno en Colonia y Enrique de Aragón en Cangas de Tineo... Y nada de estado mayor en antecelas, ni escolta deslumbrante en redor de la tienda: la sencillez de Aníbal entre sus guerreros; la frugalidad lacedemonia en sus hábitos.

IV

Tales eran el escenario, los héroes, el capitán... Un día, aquel ejército, ya listo y pertrechado, arremetió, fraccionado en divisiones, contra la formidable cordillera, hundiéndose en ella por tres de sus gargantas. Iba a tramontarla, renovando por tercera vez la hazaña en la historia militar de la humanidad. El dogma de Mayo lucía, como una custodia, entre el conjunto bélico.

Cien leguas de camino impracticable a vencer. Para ello, San Martín había contado con su capitán Beltrán, y no en vano. Este allanó todas las dificultades del transporte, con poderoso ingenio. Los cañones iban en zorras con ruedas, por los pasos fragosos y las caracoladas sendas de las montañas sucesivas; izábanse, en los declives empinados, por medio de anclenas que servían de punto de apoyo. Y en tanto, salvaban las impetuosas avenidas con puentes portátiles, de madera. Y las mulas orillaban los abismos con sus cargas de hombres, armamentos, bagajes, parque y maestranza de las tropas, palas, picos y barretas de camineros y zapadores, cureñas, ruedas, provisiones y forrajes...

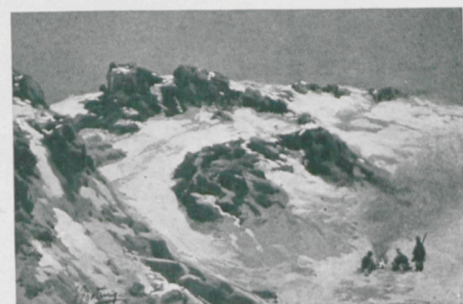
Así avanzaban, a cálculo matemático, las legiones que el genio de San Martín hiciera brotar de la tierra, más feliz en la práctica que Pompeyo. Las formidables masas de granito, asombradas de aquella temeridad, parecían abrirles paso, como el mar Rojo de la tradición hebrea. Después de varios días de marcha, San Martín revistó a sus valientes sobre las alturas, y las charangas rompieron el silencio de las quebradas con las vibrantes notas del himno nacional. Era el pregón con que los argentinos anunciaban a sus hermanos del Arauco indómito que iban en su auxilio, flameando la enseña de la Revolución.

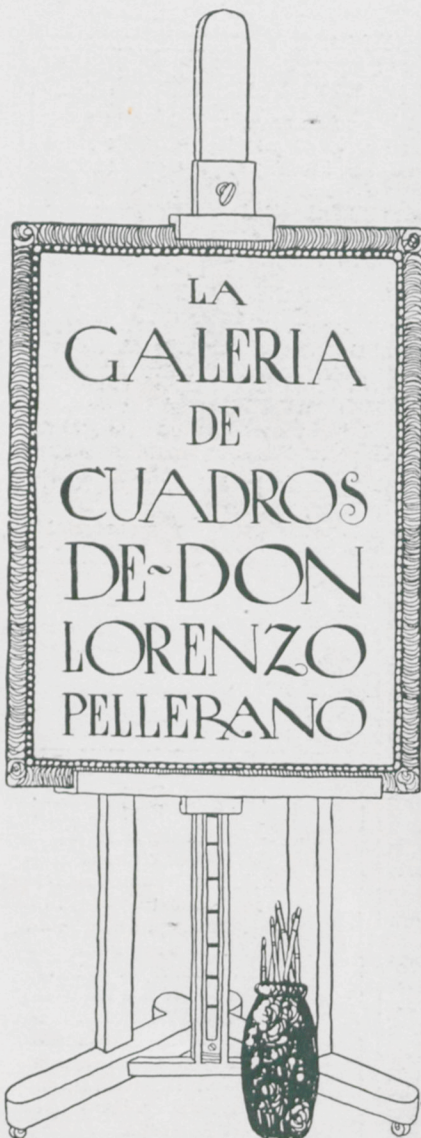
Y llegó el instante supremo, del choque con el enemigo... El valle de Chacabuco esplendía como la arena de un anfiteatro. Los regimientos, enardecidos, montaban sus caballadas de pelea... La batalla fué reñida, con visiones sublimes en que relampagueaban los sables de los granaderos o perfilábanse siluetas de paladines como Zapiola, Escalada, Necochea, O'Higgins, Soler, Melián, Medina y tantos otros. San Martín, contemplaba desde una elevación, en su corcel de batalla, la escena inmortal...

Al llegar el crepúsculo, la victoria ya había coronado los esfuerzos patriotas. Varias compañías de lanceros perseguían los restos del enemigo... Sobre el campo de la acción, quemado por el fuego de los cañones, el primer capitán de América descendió de su cabalgadura; un núcleo de jefes y ayudantes rodeábale. Sobre el parche de un tambor escribió el parte lacónico, rotundo, que un oficial debía llevar hasta la angustiada Buenos Aires colonial, de techos de tejas. La comunicación finalizaba diciendo: — « *Al Ejército de los Andes queda para siempre la gloria de decir: en veinticuatro días hemos hecho la campaña, atravesamos las cordilleras más elevadas del globo, concluimos con los tiranos y dimos libertad a Chile.* »

DIBUJOS DE FORTUNY

JULIÁN DE CHARRAS.





«LA SAGRADA FAMILIA», DEL PINTOR FLAMENCO RUBENS, UNA DE LAS JOYAS DE LA COLECCIÓN.



A cosa no es muy fácil. Jamás se ha encontrado el repórter en tan grave apuro, como frente a esta crónica en la que debe reflejar, dentro de lo posible, la impresión que ha recibido en su visita a la notabilísima galería de cuadros que posee don Lorenzo Pellerano, sin duda el más importante

de todos los coleccionistas de Sud América.

Amplia es la casa de este noble y patriota italiano, que hace ya casi medio siglo está radicado en el país; grandes, inmensas son las salas, dormitorios, halls y toda ella, de piso a techo, tiene las paredes cubiertas de valiosísimas telas, cuyo conjunto produce en el visitante una impresión de desconcierto.

Treinta años hace que el señor Pellerano inició su colección, y desde entonces, en sus frecuentes viajes por Europa, no ha hecho más que comprar cuadros de todas las escuelas, de todas las épocas, de todas las tendencias pictóricas que enriqueciendo aquélla, han ido cubriendo las paredes de su palacio de la calle Talcahuano.

Por eso el visitante, ante la riqueza de esta gran galería, en la que un Goya hace vis a vis a un Caro del Vaille y un Lempels se codea con un Michetti sin orden de escuelas, ni clasificación de épocas, sale con la vista deslumbrada por tanto esplendor; pero aturrido y desorientado ante aquel laberinto artístico.

Sería inoportuno hacer una reseña puntualizada de cada cuadro, pues tratándose de una colección tan grande (pasan de mil doscientas las telas que poco a poco ha ido reuniendo el señor Pellerano), un detalle así se convertiría en un monótono



EL GRAN HALL DE ENTRADA, CUYAS CUATRO PAREDES ESTÁN MATERIALMENTE CUBIERTAS DE VALIOSAS OBRAS DE ARTE.



TESTERO DEL SALÓN DE MÚSICA, EN EL QUE PUEDEN VERSE UN ADMIRABLE RETRATO DE LA RESTER, HECHO POR GROTTÓ Y UN DESNUDO DE CARO DEL VAILLE.



«EL DUQUE DE ALBA EN
TRAJE DE GARROTÍN»,
CUADRO AUTÉNTICO DE
GOYA.



«EL MERCADO DE SAN
PAOLO» CUADRO DEL NO-
TABLE PINTOR ITALIANO
FABRETTO.



ÁNGULO DEL GRAN SALÓN DE LA PLANTA BAJA, EN EL QUE PUEDE VERSE UN PAISAJE DE CAMPRIANI,
DOS DESNUDOS DE FANTIN LATOUR Y LUCIÉN SIMON Y «LA MIGNON», CUADRO ADMIRABLE DE BOUGUEREAU.

catálogo sin interés para el lector, y menos se atreverá el repórter a dar opiniones o juicios críticos que no sabría sostener ni a nadie importarian, pues ya las obras de esta colección están sancionadas por la crítica.

Queden, pues, estos juicios críticos de una galería como la de don Lorenzo Pellerano, para los «técnicos» en la materia, que como los cronistas sociales poseen un tesoro inagotable de términos, en donde «el eufemismo y la cortesía se disfrazan de tecnicismo», como decía Manuel Abril en una de sus brillantes crónicas de arte, de «Por esos Mundos».

Y así como los cronistas de salones saben alternar el «simpatía», el «distinguida», el

«elegante» y el «bellísima», según las condiciones de las damas que en sus crónicas traen a colación, el crítico de arte, verdadero repartidor de adjetivos, domina también todos esos vocablos de «grandes planos», «admirable perspectiva», «bien tratado el primer término», «distribuidas las grandes masas», «valiente de colorido», «manejados con soltura los grises», «amplia factura», etc.

El repórter se limitará, pues, a una breve reseña.

Peritos en la materia han avaluado la colección en tres millones de pesos, pero esos cálculos apenas si resultan aproximados, tratándose de galerías como ésta, en que abundan los Van Dyck auténticos, uno de los cuales, quizá el más



EL COMEDOR, EN EL QUE
HAY VALIOSAS TELAS DE
PINTORES ESPAÑOLES
Y ALGUNOS EJEMPLARES
DE LAS ESCUELAS FRAN-
CESA Y HOLANDESA.



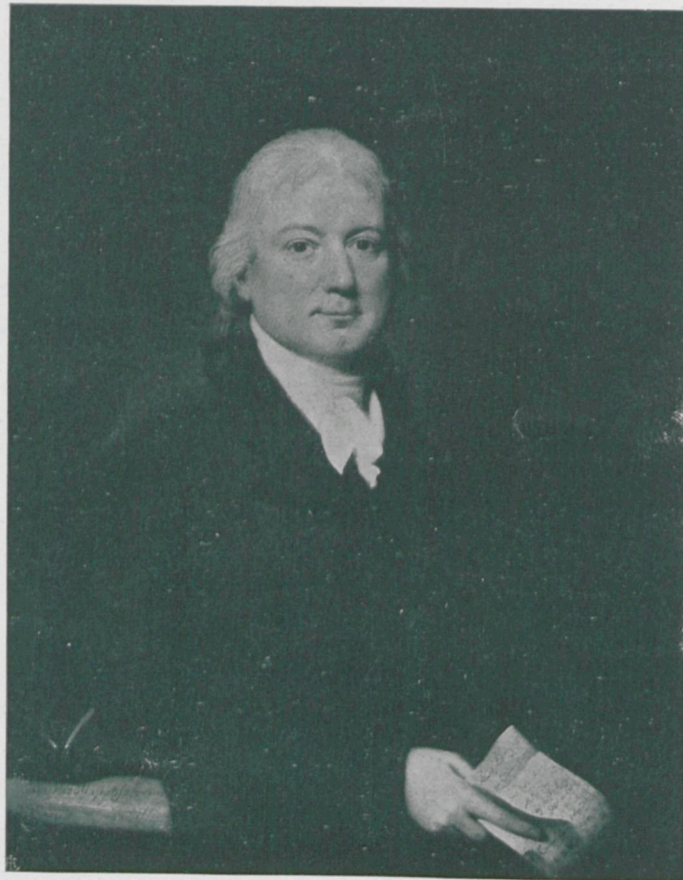
UNO DE LOS DORMITO-
RIOS DEL PISO ALTO, EN
EL QUE ESTÁN LAS TELAS
ANTIGUAS DE RUBENS,
MURILLO, ETC.

típico de la segunda época de este pintor flamenco, se reproduce en colores al final de esta crónica, en la que hay un Rubens, verdadera obra maestra del célebre pintor, también reproducida en estas páginas, y todas las telas antiguas, que ocupan seis o siete salones de la planta alta del edificio, llevan firmas como las de Julio Romano, Guercino, Guido Reni, Andrea del Sarto, Ribera, Fernando Bol, François de Troy, Caracci, Tiépolo, Solimene, Yacopo da Bassano, Lucca Giordano, Parmigianino, Cesare da Sesto, Giuseppe Claudio Vernet, Mattia Prati, Barocci, David Teniers, Claudio Lorenés, Latancio Gambara. Piezas: Reynolds, Gainsbourogh, Laurence, Harlow, Raeburn, Hamilton, Stothard, N. Poussin, Netchner, Mengs, Magnasco, Nelli, Carlo Dolci, Hobbe-ma, Catena, Mignard, Seghers, Opie, Van Goyen, Longhi, Storck, Rigaud, Pordenone, Maratta, Boucher, Watteau, Lottard, Aved, Tournière, Bronzino, Domenichino, Capuccino Genovese, Zurbarán, Canaletto, Tiépolo, Pietro da Cortona, de Wael, Borgognone, Luca Cambiaso, Tintoretto, Paris Bordone, Leandro da Bassano, Jan Miel, Cornelio Dusart, Van Loo, Van de Velder, Salvator Rosa, Karel Dujardin, Bartolomeo Veneziano, Boucher, etc.

El solo desfile de estos nombres, da una idea de la colección Pellerano, en la que los pintores modernos españoles, franceses, italianos, alemanes, ingleses, holandeses, belgas, etc., están también representados por las más autorizadas firmas de cada una de esas escuelas.

Una rápida ojeada al hall central y al salón de música, y se encuentra uno cuadros de Neuville, Lempoels, Menard, Joh, Crome, Cottman, Vincent, Jules Duprez, Stark, Harpignie, Segantini, Sartorelli, Corot, Daubigny, Isabey-Boudin, Michetti, Cottet, Rafaelli Roybet, Vine, Tattori, Blommers, Roelofs, Veyrassat, Lessi, Tontanesi, Courtens, Fantin, Latour, Lhermitte, Morelli Cabanel, Meifren, Lucas, Mentessi, Grosso, Ribot, Jacques, Ettore Tito, Mancini, Carrière, Lembach, Israels, Theodoro Rousseau, Tranquillo Cremona, Bonnington, Sartorio, etc.

En resumen, un verdadero museo de pinturas, al que van ya con frecuencia todos los extranjeros que nos visitan, pues la fama de la «Colección Pellerano» ha llegado a todas partes del mundo, menos a muchas casas porteñas en las que sus dueños tie-



DE LA VALIOSA COLECCIÓN DE CUADROS DE LOS GRANDES MAESTROS INGLESES, QUE POSEE DON LORENZO PELLERANO, ES SIN DUDA UNO DE LOS MEJORES, ESTE RETRATO, OBRA DEL PINTOR HAMILTON.

nen el snobismo de sentir la nostalgia de los grandes museos de Europa, a pesar de que cuando la guerra no los tenía «recluidos» o «secuestrados» en la patria y campaban por sus respetos en el viejo mundo, de lo que menos se ocupaban era de visitar esos templos del arte.

El arte es un lujo, y hay una estrecha solidaridad entre el desarrollo artístico y la elevada posición económica, por la que existen Mecenas y coleccionistas. Reunir, como en un inestimable tesoro, las maravillas pictóricas del pasado

o proteger a los artistas de hoy en su nómada y accidentada carrera, es la misión de los privilegiados de la fortuna que, lejos de malgastarla — como hacen muchos — en frivolidades pasajeras, dedican sus grandes medios y su actividad a realizar una obra digna y perenne.

El coleccionista emplea sus mejores horas, indagando los lugares donde — como ocultas joyas — están olvidados o secuestrados los cuadros de su predilección.

Es muy grata emoción la de esas afanosas rebuscas, que parecen guiadas por una misteriosa e instintiva orientación y que producen hallazgos y sorpresas insospechadas.

Todas las viejas ciudades de Europa guardan, entre sus muros y mansiones venerables, esos gloriosos trofeos del genio de otros tiempos. Las iglesias, las herméticas paredes conventuales, los palacios encantados y dormidos en un trágico abandono, las casas señoriales, donde generaciones enteras fueron acumulando de modo insensible lo bueno de su época, todo esto interesa y llena de litúrgica unción al *amateur* que se exalta ante un precioso encuentro.

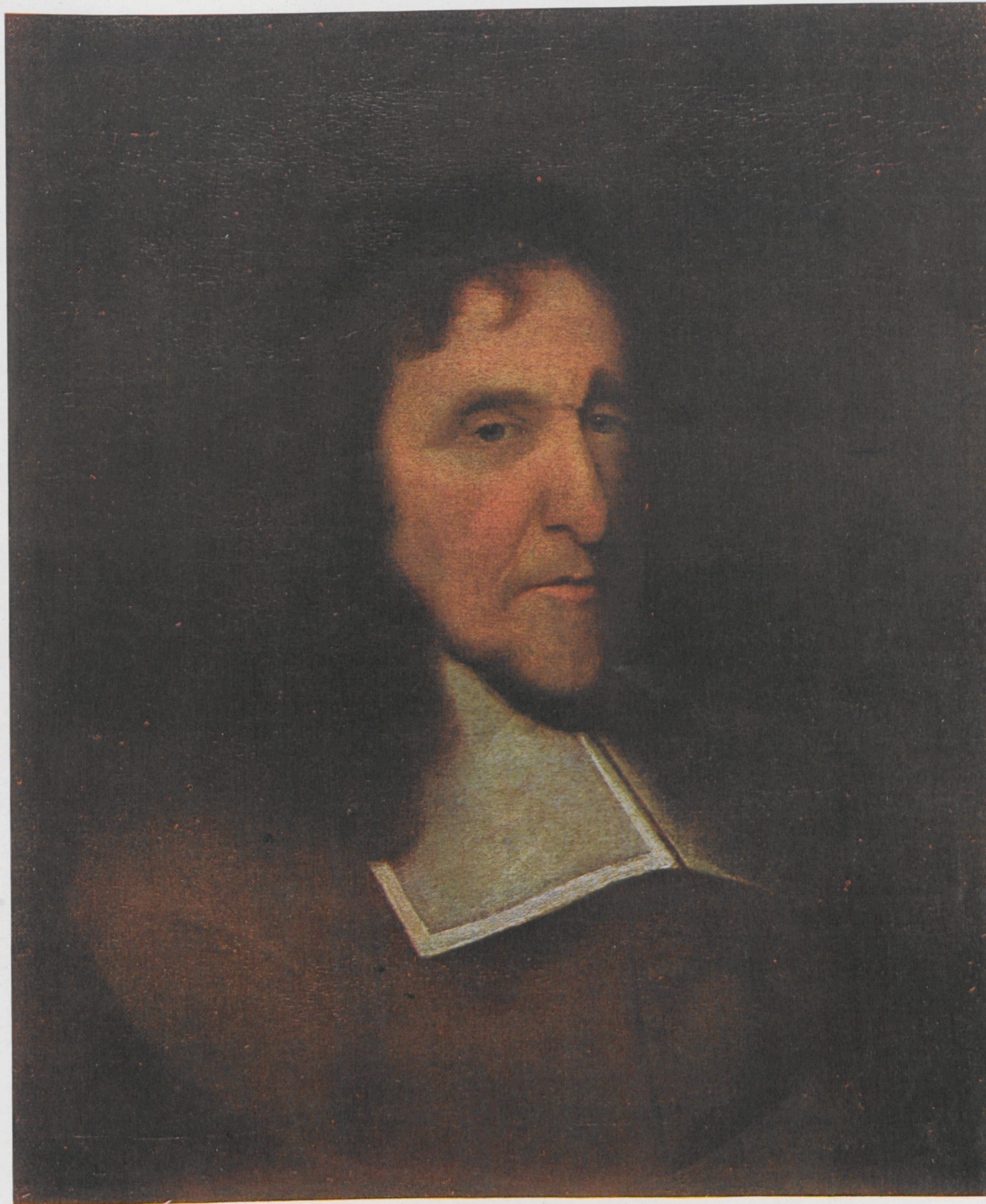
Tal, la reliquia para el piadoso creyente. Se va formando la colección, y cada nueva tabla adquirida o lienzo conquistado, se asocia a un recuerdo agradable y sentimental en la vida del infatigable buscador de antigüedades.

En Sud América, cada día va fomentándose esta afición, y se ponen inteligencias y cuantiosos capitales al servicio de esos altos fines artísticos. Así, llegan a las nuevas y florecientes repúblicas hispano-latinas cuanto de honroso y elevado existe en la vieja Europa, y se propaga el amor hacia la pura belleza, educándose la sensibilidad y atesorando elementos y antecedentes para un brillante porvenir.

EMILIO DUPUY DE LÔME.



CUADRO DEL CÉLEBRE PINTOR DOMENICO MORELLI, INSPIRADO EN EL MILAGRO DE LA RESURRECCIÓN, Y TITULADO «EPISODIO DE TALITA KUMI».



JOYA ARTÍSTICA DE LA GALERÍA PELLERANO

UN ÓLEO DE VAN-DICK

RETRATO DEL ARQUITECTO IÑIGO JONES, LLAMADO EN ITALIA EL PALLADIO INGLÉS. LA AUTENTICIDAD DE ESTA OBRA FUÉ PLENAMENTE COMPROBADA, AL ENCONTRARSE EN EL ERMITAJE DE PETROGRAD, OTRO RETRATO DE LA MISMA PERSONA CUANDO ERA MAS JOVEN, Y EJECUTADO TAMBIÉN POR EL CELEBRE PINTOR FLAMENCO.

HERÁLDICA ARGENTINA

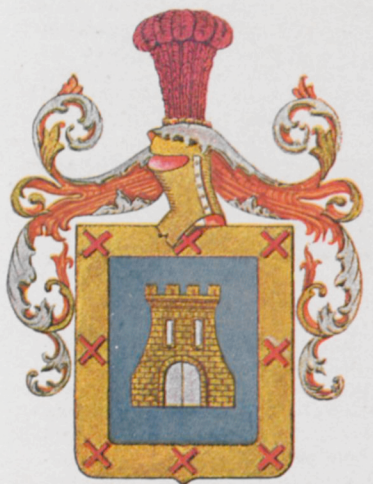
APELLIDOS ILUSTRES.



SAN MARTÍN



LABOUGLE



REYNA

SAN MARTÍN. Familia hidalga de la Villa de Zervatos, del Adelantamiento y Obispado de Palencia, en el Reino de León.

Don Andrés de San Martín contrajo matrimonio en dicha villa a mediados del siglo XVIII con doña Isidora Gómez, de estado noble, y nació don Juan de San Martín, capitán de los ejércitos españoles, que pasó al Río de la Plata, casándose por poderes con doña Gregoria Matorras del Ser, nacida en Paredes de Nava (Castilla la Vieja), hija legítima de don Domingo Matorras, natural del Valle de Lanuco, y de doña María del Ser, natural de Paredes de Nava.

Don Juan de San Martín falleció en Málaga el año 1796, y su esposa en Orense en 1813. Tuvieron, entre otros hijos de quienes existe descendencia en España, a don José de San Martín, libertador de América, nacido en Yapeyú (Misiones) el 25 de febrero de 1778. El 12 de septiembre de 1812 contrajo matrimonio con doña Remedios de Escalada y de la Quintana, nacida en Buenos Aires el 21 de noviembre de 1797. Estos procrearon a doña Mercedes de San Martín y Escalada, que nació en 1816, casándose en 1832 con don Mariano Balcarce, ministro plenipotenciario de la Argentina en Francia. Tuvieron por hijas a doña Josefa y a doña Mercedes, casada con don Fernando Gutiérrez de Estrada, natural de Méjico, y última descendiente de la rama argentina de este apellido.

Armas: Blasón de plata, y tres fajas ajedrezadas de plata y azul.

LABOUGLE. Familia originaria de la Villa de Nay, en el Bearn (Francia), enlazada a la antigua nobleza de Gascuña y emparentada con las casas de Fesensac, Camors, Montesquiou, etc.

Don Pedro de Labougle, nacido en 1814, hijo de don Juan de Labougle y de doña Juana M.ª de Montiron, vióse obligado a salir de su patria por haber tomado parte en la conspiración legitimista de 1835. Vino al Río de la Plata y casó en Corrientes el año 1842, con doña Flora de Lagraña, hija del Alférez Real don Juan José de Lagraña y de doña Petronila Martínez de Idalgo y nieta de don Ciprián de Lagraña, que fué familiar de la Inquisición y cuatro veces alcalde de Primer Voto en Corrientes.

Joselina de Labougle, hermana de don Pedro, fué Abadesa de las Ursulinas de Pau. De don Pedro de Labougle y de doña Flora de Lagraña, descienden los actuales representantes de este apellido.

Las armas que ostentan, registradas el siglo XVII en Pau, son: una cabra de oro en campo de azul.

REYNA. Apellido originario de Málaga, en cuya guarnición figuraba como Teniente Coronel don Sebastián de Reyna, casado con doña Juana Sanz-Montero. Don Vicente de Reyna y Sanz, nacido en 1722, pasó a Buenos Aires, en compañía de su esposa doña María de Cáceres, el año de 1762, con el empleo de Comandante de Artillería. Tuvieron varios hijos, entre ellos a doña Nieves, casada con don Francisco de Lezica, y a don Vicente, que contrajo matrimonio con doña Petrona de Pizarro y Grimau. Este apellido se vinculó a las familias de Lezica, Marcó del Pont, Fernández-Blanco, Oliveira, etc.

Escudo: en campo de azul, un castillo de oro adjurado de sable y bordura de oro con ocho aspas de gules.

ESCALADA. Casa solariega en Santa Cruz de Castañeda.

Don Manuel de Escalada, hijo de don Antonio y de doña Ana Bustillos de Cevallos, del esclarecido linaje de los Cevallos de Santillana, nació en Castañeda en 1704. Vino al Río de la Plata a mediados del siglo, pasando a Chile donde casó con doña Luisa de Sarria.

Don Francisco Antonio de Escalada y Sarria nació en Buenos Aires el año 1749, y del matrimonio con su prima doña Gertrudis Bustillos de Cevallos tuvieron varios hijos, entre ellos a don Mariano José, primer arzobispo de Buenos Aires.



Don Antonio José de Escalada y Sarria nació en Buenos Aires en 1753, casando dos veces; la primera, con doña Petrona de Salcedo, sobrina del Virrey Vertiz y Salcedo, y la segunda con doña Tomasa de la Quintana y de Aoiz, de quienes nació, entre otros hijos, doña Remedios de Escalada de San Martín.

De don Francisco Antonio y don Antonio José de Escalada, son descendientes: la familia de este apellido, y las de Oromi, Acosta, Labougle, Riglos, Cassio, Aguirre, Ayerza, Maschwitz, Holmberg, Blaquier, Iriondo, Demaria, Castex, Terrero, Achával, Almeyra, etc.

Escudo: sobre azul, un castillo de plata y en él un guerrero; en jefe dos estrellas de plata y oro. Apoyada en la torre una escala y a los dos lados media luna de plata y flor de lis de oro. Orla de lo mismo y la inscripción: Escalada está la torre.

QUINTANA. Su origen procede de Bilbao, donde existía la casa solariega, destruida en el famoso sitio que dicha ciudad sufrió durante la guerra carlista.

Don Nicolás de la Quintana y doña Leocadia de Riglos y Torres-Gaste, tuvieron por hijos a:

I. Don José Ignacio de la Quintana y Riglos, Brigadier General, casado en 1765 con doña Petronila de Aoiz, y tuvieron al Brigadier General don Hilarión de la Quintana, a don Francisco Bruno, cuyo nieto fué el ex presidente de la República, don Manuel Quintana; y a doña Tomasa de la Quintana y de Aoiz, casada con don Antonio José de Escalada.

II. Doña Josefa de la Quintana y Riglos, esposa de don Marcos José de Larrazábal, cuya hija doña Juana casó con el Virrey Marqués de Sobremonte, y nació doña Juana, madre del ilustre general español don Fernando Primo de Rivera y Sobremonte, Marqués de Estella.

III. Doña Francisca de la Quintana y Riglos casó con don Ignacio de Irigoyen, y tuvieron a doña Petrona, esposa de don José Gutiérrez de la Concha, cuyo hijo del mismo nombre, nacido en Córdoba del Tucumán, fué el general español Marqués de la Habana.

IV. Doña Narcisca de la Quintana y Riglos, casada con don Francisco Espinosa de la Cueva, es ascendiente de la dama patricia doña María de Rodrigo y Espinosa, y ésta, a su vez, de los actuales señores de Fernández-Blanco.

V. Doña María Josefa de la Quintana y Riglos, casada con don Domingo José Alonso de Lajarrota y Ortiz de Rosas, Caballero de la Orden de Alcántara, de cuya rama descienden los Marqueses de la Laguna en España, y las familias argentinas de Sáenz-Valiente, Anchorena, García-Mansilla, Aguirre, etc.

Escudo de la rama argentina: cinco calderas de sable, y cruz de Alcántara en campo de plata.

TERRERO. De Antón Gil Terrero, conquistador de Gibraltar en 1462, desciende la familia Terrero, de Buenos Aires.

Don Joaquín José Terrero y Escalera, natural de Algeciras, casó en 1782 con doña María Alonso de Villarino y González de Islas, los cuales se trasladaron a Buenos Aires, donde nacieron sus hijos don José María, don Joaquín y don Juan Nepomuceno, que fué proclamado Gobernador y Capitán General de Buenos Aires. Casó con doña Juana Muñoz de Rábago, y tuvieron por hijos a don Máximo, casado con doña Manuela Ortiz de Rozas, hija del General don Juan Manuel O. de Rozas, y a don Federico Terrero y Muñoz de Rábago, esposo de doña Gertrudis de Escalada, de quienes existe descendencia.

Escudo cortado: 1.º de gules y un castillo de plata con dos torres. 2.º un lebre de plata con collar de azul en campo de gules.

JOSÉ M.ª PÉREZ-VALIENTE.

DIBUJOS DEL MISMO.



ESCALADA



QUINTANA



TERRERO

Sonrisa dispersa en dos valles lejanos



Por Folco Tessera

En la vida y en sus representaciones artísticas hay mucho; pero ese mucho es lo que cada uno pone o sabe encontrar en ellas. (No debéis asombraros por este tono doctoral: lejos estoy de presumirme acreedor a un diploma por ese descubrimiento filosófico echado al aire, como si nada fuera, para las generaciones venideras.)

Esta que yo miro no es más que una cabeza, y sin embargo, es todo el Abruzzo. Todo: con sus peñas, sus arroyos, sus montes, su ribera adriática: ciudades, aldeas, castillos en donde las costumbres se amoldan a la conformación del suelo, y todo — almas y cosas — muestra como un dejo de siglos, de muchos siglos; y mientras acá aparece una ruina como cortada por un gran golpe de espada de un legionario romano, acullá un campanario con su cúspide derrumbada hace surgir la sombra de un milite normando o sarraceno; más cerca un pórtico despierta el canto solemne de un legado papal, y allá a lo lejos una cruz revela el lugar en que postróse un gran capitán o un rey. Todo el Abruzzo, ese corazón geográfico de Italia, en derredor del «Gran Sasso», la montaña bravía descollante de una floración de montañas, que alcanza al cielo y domina cuatro regiones y dos mares.

No es más que una cabeza esta que miro; y sin embargo, en esas facciones enérgicas, abiertas de par en par como un cielo sin nubes, en esa risa sana y cordial está la imagen de una comarca, de un pueblo, de una historia más antigua aún que la misma Roma.

Ver un cuadro de Francisco Pablo Michetti es como volverse atrás treinta años y abarcar de una misma mirada un amanecer de energías nuevas, un manojo de genialidades florecidas en las riberas del Pescara; un río pequeño como un arroyo, apacible como un lago, solemne como un mar; una corriente en cuyas mansas aguas cópanse jardines lozanos de memorias, fragancias y poesía.

Aguas abajo van las barquillas rebosantes de alegría, bien que la vida de los pescadores se hilvana con hebras de dolores más que de placeres; aguas arriba, como extraños pájaros enormes, suben las velas latinas multicolores, rayadas, ajedrezadas, colgantes en las horas del sol o hinchadas por la brisa que sopla al anochecer. Y no es raro encontrar en esas velas imágenes de santos y vírgenes, pintadas con un arte que recuerda por la forma las concepciones primitivas, escuetas y heladas, del Beato Angelico, mientras que los colores vencen los esplendores del Tiziano.

Francisco Pablo Michetti, pintor que mucho vale por su obra y más aún por su escuela, o sea por lo que de su alma y su arte sacaron los que vinieron más tarde, pertenece al núcleo aquel de hombres singulares entre los cuales están d'Annunzio, Scar-

folgio, Tosti. No todos alcanzaron las alturas del poeta de las «Laudi», pero todos fueron originales.

Decíamos, entonces, que en esa cabecita, escogida entre muchas de Michetti, está todo el Abruzzo. Si no fuera atrevimiento, podría añadir que esa región, casi por completo desconocida, uno la encuentra más en la paleta de este pintor sobrepasado por las olas del arte reciente, que en los dramas de su amigo d'Annunzio. Este lo amolda todo con su pulgar genialísimo, imprimiendo a los hombres y a las cosas algo de su espíritu, alterando a veces hasta los caracteres reales de hombres y épocas. Por eso Fray Jerónimo Savonarola, resucitado por su pluma, es muy diferente del que los Médicis arrojaron a la hoguera.

Francisco Pablo Michetti no es así: acaso porque hombre genial sin ser un genio, no abarcando visiones universales, pudo comprender más y más exteriorizar todas las peculiaridades del terruño; luego los pintores tienen campo más angosto que los poetas para los resbalones fantásticos de sus baguales.

D'Annunzio mira la vida y la historia desde las cumbres de un arte suyo, y ve, por lo tanto, formas y colores que los otros no ven: por eso, también en los cuentos «della Pescara» hay mucha belleza, hay relámpagos de genio, hay joyas que él solo podía — orfebre maravilloso — buscar en su tierra y engarzar en su prosa; pero, al fin y al cabo, para juzgar de una mujer hay que verla desnuda y no disfrazada de ángel o de bruja.

No es raro que los escritores nos deparen personas, hechos y lugares que llaman históricos, aunque sólo existieron en su fantasía. ¿Os acordáis de «Quo vadis»? Esa no era la Roma de Nerón, de Séneca, de San Pablo; apenas si era una reconstrucción más antojadiza que brillante; sin embargo, vendieron más ejemplares de «Quo vadis?» que botellas de agua Apolinaris; entre tanto había, como hay, una novela en que todo está en su lugar, el espíritu como el estilo, los caracteres como los acontecimientos, en la que palpita la Roma de los primeros cristianos: «La Iglesia de las catacumbas» del cardenal Wiseman; y muy pocos son los que la conocen.

Pero me pregunto: ¿qué tiene que ver todo eso con la cabecita de Michetti? — ¿Quién sabe?

Bajaba yo de un peñasco y, no habiendo senda, toda es-

Recuerdo, años ha, una puesta de sol en la Cordillera. peranza de no aplastarse la cabeza en el fondo del precipicio limitábase a la inteligencia del caballo, pues para nada servían las riendas. A menudo el caballo, ensayando el paso, hacía rodar enormes guijarros, que retumbaban con ruidos extraños, despertando otros ruidos abrumadores.

Un poco trastornado por el peligro y, a más, falto de alma siquiera un tanto heroica, bajé de esa altura sin darme cuen-

ta de lo admirable que era aquel áspero escenario dantesco; mas cuando me encontré al pie de la pendiente y un relincho del corcel proclamó su bravura, mis ojos y mi alma quedáronse extáticos ante tanta maravilla.

Era la «Quebrada de los leones»: valle, anfiteatro, templo; todo lo que se pueda imaginar de solemne, hierático, lozano. A cien pasos, erguida sobre el corcel gallardo, soberbio e inmóvil como si fuera de bronce, una mujer joven miraba, cierta de no ser mirada, copiarse su rostro en las sosegadas linfas que brotaban de un manantial escondido por un helecho enorme.

Yo pensé en el valle de Chamounix (cosas lejanas, ¡ay de mí!); pero mis recuerdos no se concretaban; la memoria buscaba, buscaba en donde había yo admirado una escena tan compleja y sublime, tan lejana de toda vulgaridad, tan cercana al cielo y al alma.

Al fin recordé. Mi memoria cruzó rápida un cuarto de siglo y reparó en un valle del Abruzzo, no sé ya a cuánta distancia de Aquila, camino a «Monte de Corvo». Entonces en mi corazón todo se volvió luz, armonía, belleza; revivía yo un instante un cuadro de mi juventud muerta hace tanto — y que en paz descansase. Esas peñas, esos árboles un poco sombríos, ese manantial cantando una canción apacible como una plegaria, esa mujer que reía para sí misma, soberbia de su hermosura y cuyo donaire despertaba visiones legendarias de Amazonas guerreras e imágenes dulces de hogar confiado; y ese cielo de la Cordillera que parece quisiera bajar hacia nuestra frente para acariciarla con una caricia azulísima; todo eso fué como un baño de poesía, como un retoñar de fulgores apagados, de vibraciones musicales que habían muerto en mi corazón.

El valle abrucescense revivía para mí, como revive ahora, al mirar esta cabeza pintada por Francisco Pablo Michetti, en cuya sonrisa encuentro tantas peculiaridades de la vida y el alma de aquella comarca italiana que tan pocos conocen; como también pocos son los argentinos que conocen el tesoro de majestuosa belleza encerrado en los Andes, en aquellas montañas tan próximas a Dios.

Acaso todo lo dicho no quepa en la cabecita de Michetti; pero, ¿no había yo previamente advertido que en las cosas hay lo que cada uno ponemos?

La xenolalia y sus éxitos.

Sin motivo categórico ni trascendente intención, pero con el higiénico designio de procurar hacer mi gusto en vida, quiero formular aquí una declaración perentoria, aunque después resulte completamente baldía: la de que los filósofos inscriptos como tales en el censo de la población, me procuran un efecto igual al que el Dante producía a aquel argentino ilustre que se llamó Ventura de la Vega.

Lo que traducido al romance vigente en el arroyo quiere decir que «me revientan».

Nada de lo que los filósofos persiguen, y menos todavía lo que han alcanzado, resuelve problema alguno de utilidad positiva: ni entre todos esos señores juntos, aunque se sometiesen de buen grado al bárbaro martirio de ponerse de acuerdo, prestarían a la pobre humanidad servicios tan beneméritos como los que ha recibido con estas cuatro pavaditas; la obtención de la eucaina, la invención del freno neumático que trabaja en los trenes, la aplicación de las ondas hertzianas a la telegrafía sin postes y la promulgación de la «ley de la silla», de indudable comodidad para los horteras consagrados al importante ramo de mercería.

Con el objeto de menospreciar los problemáticos conocimientos de que puede munirnos el manipuleo de la filosofía, se hizo el siguiente inconcuso apotegma, forrado con género de cantar:

«No te mates por saber,
que el tiempo te enseñará;
y no hay cosa más bonita
que aprender sin preguntar.»

Bueno; pero si me revientan los profesionales de la ontología, sus derivados y anexos, en cambio, me enamoran esos arúspices inconscientes, que no dragonean de sabios, pero que lo son, aunque ellos mismos no han caído en la cuenta, y que en cualquier juguete de «amena y vaga literatura» deslizan, a la pasada, sentencias firmes, o hermosas frases de alta dinámica pensante, sugeridoras de copiosos procesos ideológicos. Suelen darse, a las veces, ¿qué duda cabe? ocurrencias felices, que pasan inadvertidas entre el ignaro vulgo, pero que desarrollan un estupendo poder aglutinante en los cerebros avisados, donde agrupan de improviso pensamientos hasta entonces dispersos e incoherentes, de igual modo que un toque de clarín alinea en ordenadas y compactas filas, contingentes militares, antes desperdigados y vagando en revuelta discreción.

En otro orden de símiles, pero siempre en el ambiente marcial que por el momento nos agobia, puede decirse que hay pensamientos, en apariencia frívolos, pero fecundos en energías de remoción mental, que al llegar a otras masas encefálicas, determinan explosiones de ideas, yacentes en el subsuelo espiritual, a la manera que el soldado minador desgaja la roca enemiga, con la inflamación de la dinamita que astutamente ha sepultado en las entrañas del terreno. Una de esas ocurrencias de gran estampido, insinuada en una obra de mero y puro entretenimiento, es aquella observación del autor que nos dijo:

«Cantada y en italiano
gana mucho la moral.»

Si se me apretase a ello, acabaría yo por afirmar que esa ligera sentencia, es toda una idea madre, de aquellas que nos convidan por imperiosa manera al trabajo silencioso de un hondo y grave pensar. ¿No se te ha ocurrido, lector amigo, que todos los pensamientos (hasta los más bajunos y pedestres) adquieren un floreciente prestigio, siempre que se les enuncie en un lenguaje impermeable a la penetración pacífica de quien escucha, convencido de que, cuando él no lo entiende, ha de ser cosa buena y puesta en razón?

Lo que, en uso de mi derecho soberano, bautizo ahora con la voz greco-bárbara de xenolalia (que viene a ser algo así como «habladuría en gringo») ejerce una influencia mágica en el meollo de los que no «pisan ni papa». Sí, evidentemente, el recurso de expresarse en tal guisa que nadie o casi nadie entienda jota, es eficaz expediente: tanto que se me antoja la línea estratégica más tirada a cordel, para llegar galopando a un éxito decisivo de admiración y embeleso. Por ello, la Iglesia católica, que sabe a su casa y no es obra de otarios, reza y hace liturgia en un idioma muerto y sepultado, que por desdicha no tiene «sábado de gloria», pues sólo resucita en la mente de unos pocos elegidos; que son los iniciados en los dulces secretos de la virgiliana lengua.

Y en otra categoría de reflexiones: ¿te has fijado, «mio caro», en el hechizo que produce el empleo de voces extranjeras, así en las charlas como en los escritos? Las más ramplonas zoncetas se transfiguran y magnifican al misterioso conjuro de un va-



no y aún ridículo disfraz de exótico aliño. Recordá (haceme el servicio) la emoción de poesía y de suntuosa belleza que causa hablar de un palacio parisino, orgullo y vanidad de la «Ciudad Luz»; te hablo del alcázar de las Tullerías. ¡Qué de solemnidad en el vocablo! ¡Y qué de evocaciones elegantes suscita en la imaginación ese eufónico nominativo, verdaderamente severo y majestático! El primer autor español que necesitó mencionarle, entre nosotros, era un filósofo de lo más gaucho, cuando prefirió castellanizarle, a la vulgar ordinareiz de traducirle. Llamándole mañosamente «de las Tullerías», suena hoy en nuestros oídos con una incomprensible magnificencia, que para desventura de los franceses no tiene en su propio idioma; en el que significa pura y escuetamente: «Palacio de las tejedorías». ¡Claro! como que en el solar donde hoy se yergue aquella maravilla decorativa, se trabajaba antiguamente en la manufactura del barro abarquillado con que se protegen las techumbres de muchos edificios. ¿Qué tal?

Pues, vamos a otra cosa. ¿No te parece que Murguer tuvo un acierto bárbaro, apodando Musette a una mujer joven y muy linda, almáico de poesía y hasta un poco atorante? Decir con dulces labios y alma henchida de pasión, «ma chère Musette» a la mujer amada, es de una suavidad de talco boratado y supone mucho fuego central: sólo un poeta sensible, palpitante de sublime erotismo, es capaz de arbitrar un lenguaje tan tierno y acendrado ¿no? Pues, pará la oreja, querido: haceme el bien de traducir ese sustantivo... y verás la que se arma: como que habrás llamado a una monada de mujer... «mi querida gaita»... o «morral de caballo»... o «saco militar para vituallas»... o «cartera sanitaria»... o «cartapacio de chico de la escuela»; que todos esos vulgarísimos y prosaicos cachivaches significa en francés el prestigioso nombre tan melifluido y acariciador. ¿Te crees, mi amigo, que todas las mujeres se dejarían llamar cualquiera de esas atroces ordinareices, sin darte el vuelto, llenándose las uñas irritadas de tiras de tu epidermis facial?

Sigamos con la rufia de los ejemplos: ¿no te parecería elegante y de muy buen tono, llamar «chauffeur» a un linajudo aristócrata, por el hecho de tener entre manos el volante de su Mercedes, H. P. 40? Es de suponer que el aludido te agradecería tan favorable dictado, exponente de su riqueza y de sus elegantes aficiones deportivas... No digo menos: pero tomate la molestia de trasladar la suntuaria palabreja al castellano más exacto y preciso: ¿qué te resultará? Pues que habrás hecho un barro jefe, llamando al «gentleman» prócer, «fuellero», «chispero», «galopín de fragua» o cosa tal; pues eso es indistintamente lo que en nuestro opulento idioma quiere decir tan encantador sustantivo francés. ¿Te parece que un duque morrudo y joven, «entrenado» en los «sports» que le han granjeado el «brevet» de hombre de músculo, se dejaría llamar «granuja de herrería», así no más, sin faltarle, como un duque, a la botica más próxima, con los cachetes hechos una miseria, a puros estropicios y moretones? No me parece...

Seamos francos: ¿no te horroriza el hallazgo de tan grosera equivalencia filológica?

Bueno; basta de citas, comparaciones y ejemplos, cada vez menos necesarios, desde que ya podemos dar el punto por dilucidado. Conste que el gran secreto del encanto que adquieren muchas voces, extrañas a nuestra hermosa y acaudalada lengua, está en que la falange innumera de los que las emplean, con íntimo espasmo de su vanidad

Divagación filológica SEVERIANO LORENTE

gozosa, así como quienes las escuchan con emoción de envidia candorosa, desconocen más o menos por completo su significado preciso en el idioma original e ignoran su correspondencia exacta en nuestro léxico. Y esto no obstante, ¡cómo se dejan tentar por la seducción con que les subyuga, lo exótico de una musicalidad huera y babilónica!

Para ensanchar, «si cabe», la ignorancia de muchos, que derrochan una barbaridad de bárbaros barbarismos, en sus expansiones gráficas y verbales, ocurre que no sólo andan ayunos de que muchas de sus frases favoritas resultan «prestadas» hasta en su idioma patrio; quiero decir que hasta en la tierra natal de esos vocablos, se ha dislocado su genuina intención, para imprimirlas un sentido que antes no tenían; operación practicada con propósitos de eufemismo humorista o ya con el designio de fabricar un chiste muy relativo. Entonces, los extranjeros las adoptan sin calar su contenido, y únicamente por un instinto de pecuaria imitación. ¿Cuántos hablan del «clou» de una fiesta (aludiendo a la persona, momento o detalle más sobresaliente de la reunión) sabrán que esa voz francesa significa, antes que todo, «clavo», que entre nosotros recibe una acepción irónica muy intencionada, bien distante y distinta de su francés empleo figurado? Y, ¿cuántos de cuantos hablan de un «canard» (aludiendo a una filfa) sabrán que su equivalente en castellano, es sencillamente «pato», que aquí tiene diferente sentido convencional, de carácter traslaticio?

Pero eso no es lo peor; la más negra es que hay frases hechas, de gállica estirpe, que muchos de nuestros eruditos creen inadaptables al castellano, cuando la verdad de la cosa está en que ellos lo ignoran. Muchos son los que consideran incapaz de traducción la tan llevada y traída frase «épater le bourgeois»... ¡Intraducible! ¡Qué esperanzal! Es una locución que tiene perfecta y ajustada correspondencia en nuestro idioma: fijate bien, che, lector; eso puede decirse en el decir de tierra de garbanzos, diciendo «embazar al patrón». Eso es lo que justamente expresa ese dicharacho galo.

Lo que pasa es que sentimos una aversión haragana a todo lo que sea compulsión de diccionarios, cada uno de los cuales es una verdadera «bóite à surprise» (¡lástima que en castellano no se pueda decir «caja de sorpresas»!) donde se lleva uno cada chasco, que le deja a uno bizco. Lo que hay es que ha caído en injusto abandono, el elocuente verbo «embazar», casi ya nunca empleado ni aún por los clásicos de más clientela y frecuentación. Lo que sucede es que, hablando en francés... o en cualquier otro idioma que no sea precisamente el nuestro, creemos tener cierto barniz de refinada cultura, que no es ciertamente ni cultura ni barniz, ni siquiera producto de refinamiento. Y lo que acontece es que hay muchísimos ingenios, horros de regular buen sentido, para quienes todo el que se explica de tal guisa que no se le entienda un pito, crece una punta de codos sobre el nivel ordinario de la ordinaria patota o turbamulta, cuyos individuos se oyen llamar aquí, con muy buena sombra «seguidores de la banda».

Por el ingente prestigio que la extravagante xenolalia conserva en el espíritu de los «nefelibatas» más conspicuos hay divisiones y hasta ejércitos de pobres hombres que hablan para que no les comprendan. Para ello emplean un gárrulo lenguaje, cuyo significado e intención son ellos los primeros en desconocer. ¿Te acordás, mi buen amigo, de lo que decía Gladstone, acerca de un parlamentario ministerial, a quien había hecho una interpelación? El «oldman» (se ruega no confundirle con un parejero célebre) dijo: «Para explicar una cosa inexplicable, ha venido aquí un hombre que no sabe explicarse». Bien, pues; para estos efectos, todo el mundo resulta ser un interpelado inglés...

Muchas veces he pensado en esta incongruencia lamentable: se dan «juegos florales» para contribuir al progreso de... la joyería y el negocio de quincalla, a los que se pide «la flor»... y truco de otras costosas bagatelitas, para premiar zoncetas y fútiles alardes de un discurrir ocioso; ya que la llama viva de la inspiración arde purísima y seguirá ardiendo en los siglos, mientras haya mujeres hermosas, naturaleza activa, placeres y penas, y patria querida... ¿Por qué no celebrar certámenes de filología propia, para trabajar por el esplendor de nuestro poco amado idioma?

Y de no, ¿por qué no declarar traidores a la patria... lengua a los que en su charla piden prestado a otros pueblos, lo que abunda en el tesoro de nuestro acervo lingüístico, tan profuso, elocuente y soberano?

DIBUJO DE ALONSO.

BALCONES ARTÍSTICOS

¿Quién no se ha detenido alguna vez a admirar la línea sobria de un elegante balcón florido, especialmente si una fresca risa argentina permite descubrir entre las macetas y las hojas, graciosas caras de niñas?

El origen del balcón no puede establecerse con precisión; ni puede decirse con seguridad quién fué su inventor.

Algunos, con la base del vocablo *meniano*, muy conocido en la arquitectura clásica y derivado del latín *Malnium*, sostienen que esta palabra viene de un tal Menio, ciudadano romano que, cuando vendió su casa en el Foro, se reservó una columna o pilastra, sobre la cual construyó una especie de terraza o *loggia* de madera, desde donde podía asistir a los espectáculos de los gladiadores. Otros, por el contrario, atribuyen al censor C. Menio la orden, dada el año 318 antes de Jesucristo, de

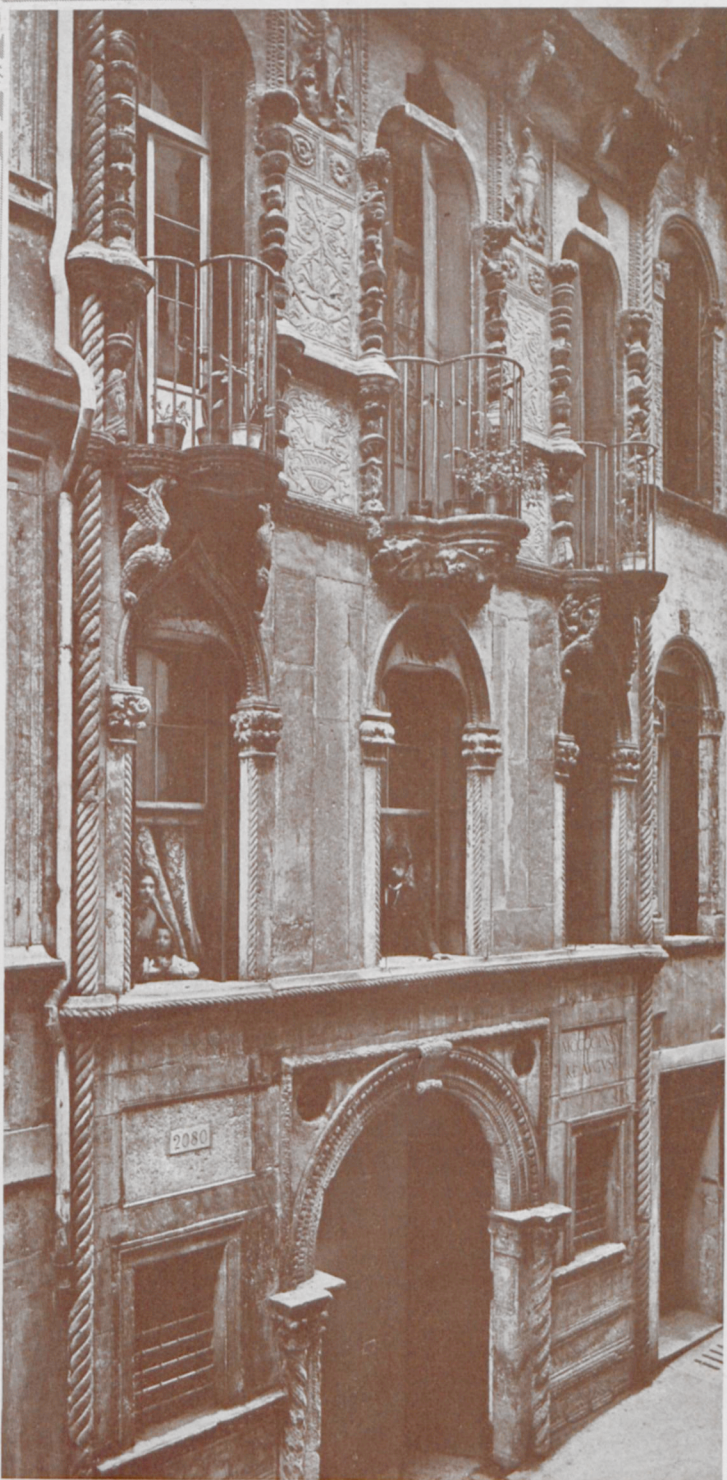


VERONA. — PALACIO FRANCHINI, DEL SIGLO XV. EL BALCÓN DE LA ESQUINA.

construir balcones sobre los pórticos que adornaban las murallas del Foro, a fin de que los espectadores de los juegos que allí se celebraban, pudieran disponer de mayor número de asientos.

A lo que parece, antes de esa época, el uso de los balcones en las casas, a lo menos exteriormente, fué absolutamente desconocido en todas las regiones de Italia, y aún en Roma, en donde su construcción era prohibida por las leyes.

En Atenas, Ippios, hijo de Pisistrato, creó un impuesto especial sobre los balcones que sobresalían en la vía pública; y en el siglo IV, el pueblo ateniense votó una ley análoga, propuesta por Ilicrates, para reprimir el abuso de semejantes fábricas, que quitaban el aire y la luz a las casas vecinas. A su vez, las leyes romanas más austeras, prohibieron en absoluto la construcción de balcones, juzgándolos no solamente como



VICENZA. — PALACIO DEL LICEO PIGAFETTA O DE LA LUNA, FUNDADO EN EL SIGLO XV.

un lujo inútil, sino también perjudicial al pueblo y peligroso para las buenas costumbres.

La primera concesión hecha por el censor Cayo Menio, empezó a mitigar la rigidez de las antiguas leyes; y las nuevas, cada vez menos exigentes, concluyeron por permitir, aún a los particulares, tanto en Roma como fuera de ella, el adorno de las casas con balco-



VENECIA. — EL BALCÓN DE LA CASA SANTA MARINA (SIGLO XIV).



VENECIA.—EL BALCÓN DEL PALACIO PRIULI (ESTILO GÓTICO).

nes. Más tarde, Viturbio recomendó y logró dotar de balcones los pórticos de las plazas públicas, en donde de ordinario se realizaban los espectáculos de gladiadores.

Mas, como ocurre casi siempre, el uso degeneró en abuso. Fué tal la manía de construir balcones, se construyeron en tal cantidad, que llegaron a qui-

tar la luz y el aire a las casas vecinas y a las calles. Fué necesario entonces, dictar leyes para limitar su construcción.

El 9 de agosto de 1471, ocurrió en Roma un hecho grave. Mientras se celebraban fiestas en honor del papa Sixto IV, se produjo un tumulto en un balcón. La gresca se propagó a otros balcones. Volaron sillas, mesitas, bastones, muebles; entre los transeuntes hubo muchos heridos y contusos.

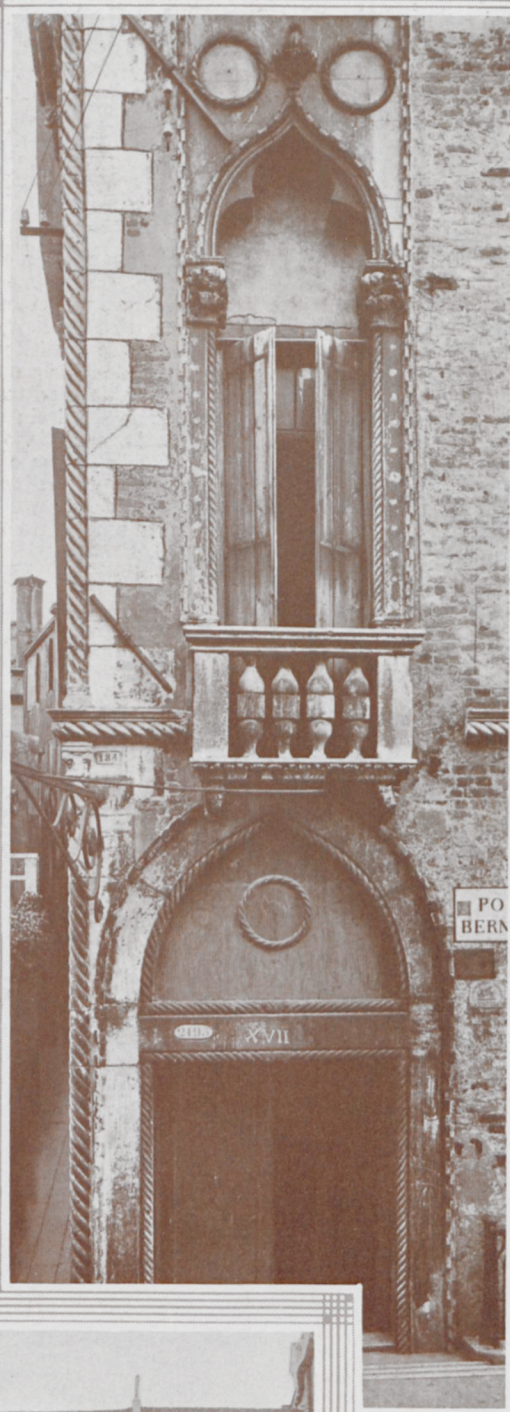
El Papa, sin mucha ceremonia, decretó entonces la demolición de los balcones; pero éstos, después de algún tiempo, empezaron a reaparecer, tímidamente al principio, después triunfantes y orgullosos.

Con el apareamiento de la arquitectura gótica, los balcones, lo mismo que las ventanas y toda la estructura arquitectónica, tomaron los motivos del nuevo estilo. Hasta ahora quedan algunos que son verdaderos monumentos artísticos.

A fines de la Edad Media, el estilo gótico fué suplantado por el del Renacimiento, y entonces, los balcones empezaron a construirse de acuerdo con el nuevo estilo, inspirado en la antigüedad clásica.

Pero fué en el siglo XVII cuando los arquitectos se entregaron a toda clase de rarezas. Entonces, bien que subsistiera el fondo del arte clásico del Renacimiento, columnas y capiteles, bases y arquivoltas sufrieron las más extrañas metamorfosis. Las columnas volvieron a hacerse sutiles, muchas veces se enroscaron en ellas follajes y ramas, se pusieron en los balcones cabezas sonrientes, mascarones, cariátides, hombres de piedra o de estuco que parecían agobiados bajo el inmenso peso de los arquivoltas, y se les adornó con complicadas balaustradas. Puede decirse que especialmente en el arte barroco ninguna manifestación arquitectónica ofreció tan vasto campo a la fantasía como la construcción de los balcones.

Basta recorrer de un extremo al



VENECIA.—CARACTERÍSTICA DEL FRENTE DEL PALACIO BERNARDO EN S. POLO (SIGLO XIV).

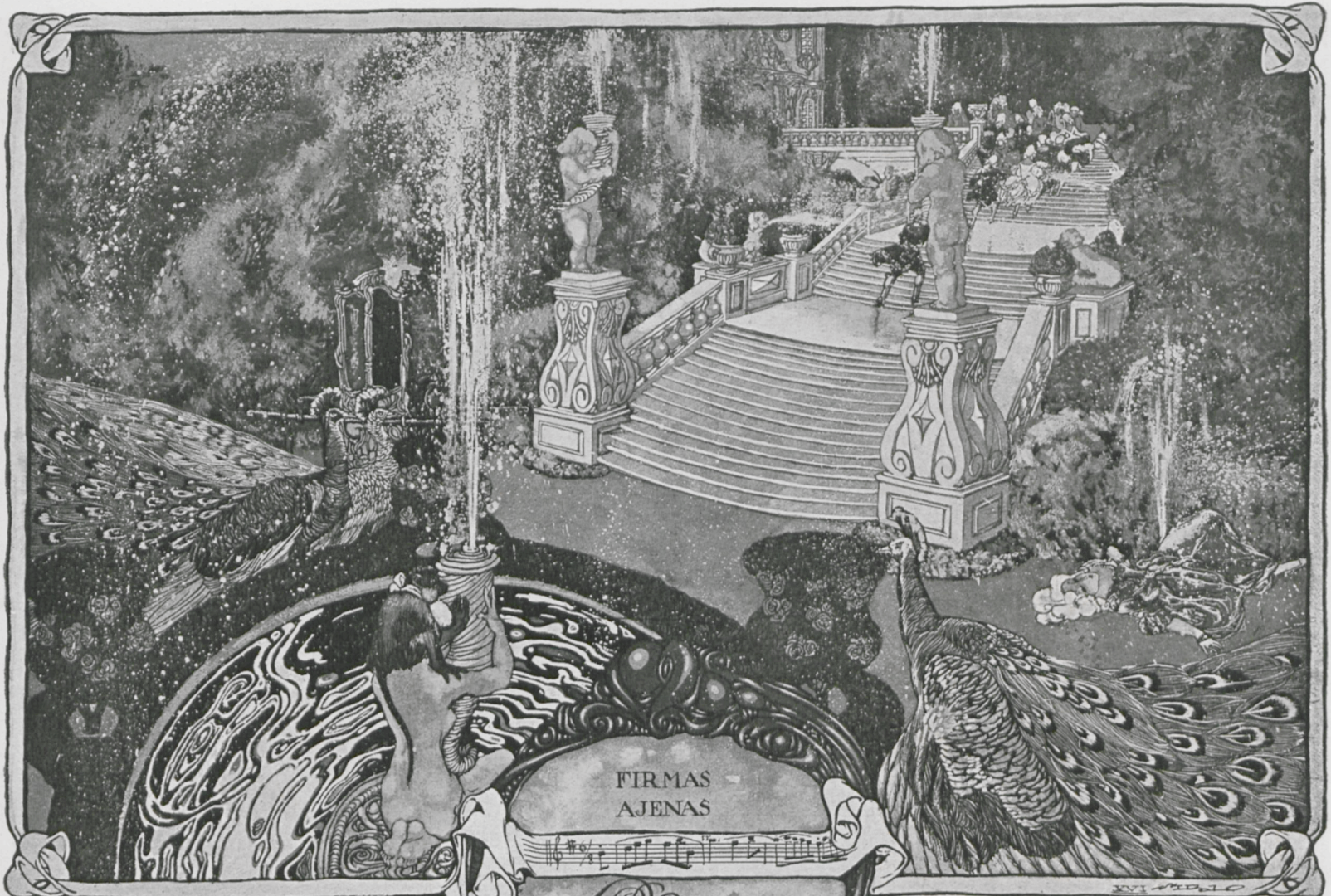
otro la Italia, para admirar una colección completa de balcones de todas las épocas y de todos los estilos. Venecia, célebre por su eterna belleza, es la ciudad que los posee en mayor número y de los más hermosos y típicos.

RAFAEL SIMBOLI.

Roma, diciembre, 1916.



VENECIA.—PALACIO GIUSTINIANI, EN EL CANAL GRANDE (SIGLO XIV).



... Claras fuentes repentinas estallaron por todas partes como en aquel apacible sitio del jardín donde el hospedador, con una sonrisa misteriosa, conduce a los invitados que nada sospechan, y a hurtadillas hace girar la llave escondida en el carcaj de un Cupido, para abrir los traicioneros juegos de agua.

Del césped rasurado, de entre las matas simétricas, de entre los bojés recortados, de los senos de las náyades, de los caracoles de los tritones, de los dorsos de los delfines, de las gargantas de las ranas de bronce agazapadas junto a los asientos o en el umbral de las grutas, de las molduras, de las balaustas, a lo largo de las terrazas o de las escalinatas, de las cúpulas de los templos y de los arcos de las galerías, de todas partes los surtidores brotan, riegan, saltan, chocan, persiguen, fustigan formidables como en una emboscada las espadas, los estoques, las picas. Damas y galanes chillan, rien, corren, se esquivan, se escapan.

Pero en cada refugio, en cada escondrijo se encuentra la asechanza de la fresca perseguidora; aquí una salpicadura oblicua en la nuca, en la oreja, en las espaldas; allí un manantial ronco que suena bajo la verdura como un badajo en una campana sorda; más allá un chorro grueso que roba una peluca, la inmolta, la desparraja, la convierte casi en un fleco de su espuma.

Amarilis huyendo tropieza en una mata de rosas, y al caer de boca las deshoja y se pincha. La malicia de los chorrillos de agua la asalta, como una tropa de gnomos transparentes y saquea su gracia inerme. Una pluma, un velo, una cinta, un nudo de amor, un lunar de tafetán, un peine de escama, un zapatito de tela dorada, cada despojo ligero danza en la punta de cada chorrillo tal como un huevo horadado y vacío; así también una hoja verde, un pétalo blanco, una espina negra.

FIRMAS AJENAS

Las sonatas de Domenico Scarlatti

«¡Socorro! ¡Socorro!» El caballero Palamedes no espera, no se vuelve, no oye; huye a todo escape con gran repiqueteo de dijes, con la cola entre las piernas, pegándose con los tacos en las pulpas insignes, llevando en la mano la vaina floja de la espadita extraviada.

Todos huyen chillando, bufando, a lo largo de las espaldas de ojaranzos, hacia la gradería de mármol color de carne, como un hato de ánsares y de cisnes arrojado de su estanque por un susto repentino.

Ya se creen en salvo y se sacuden las fugitivas, cuando las pequeñas esfinges de mármol rosado, bien peinadas y juiciosas como damiselas de compañía, reposando sobre dos zarpas de uñas inofensivas, se ponen a soplar por las bocas sin enigma anchos abanicos de agua que se entrecruzan por toda la escalinata.

De nuevo comienza la fuga venusta; y la escalera parece que se prolongara como la de Jacob, hacia el cielo suave de

occidente donde las lanzaderas de las golondrinas tejen el velo violeta de la Melancolía.

Y he aquí que el primer collar de perlas se rompe desgranándose: las cuentas ruedan por los peldaños lisos y rosados por los que el agua desciende en minúsculas cascadas.

Se rompe el segundo (¿de siete hilos?); se rompe el tercero (¿de veintidós hilos?) y otro, y otro, sin número.

Las perlas se multiplican, simulan un granizo apacible, se escurren en todas direcciones, relucen, resuenan, rebotan, se mezclan con los arroyuelos, ora semejan las burbujas preciosas del agua, ora las gotas de la belleza manante.

Y, como las esfinges dejan de soplar, los pavos reales encaramados sobre los ojaranzos se alzan dando un chillido; vienen a la senda atraídos por el pienso inesperado; persiguen los granos arrastrando sobre el mármol húmedo sus cerrados flabelos.

Y se oye, quién sabe dónde, una tropa flébil de gatos de Angora, blancos como la nata y grises como el humo, de ojos rojos, de ojos celestes.

Y se oye, quién sabe dónde, una tropa de macacas negras y lustrosas como el azabache, de manecitas pálidas y arrugadas, con una campanilla de oro en la cola.

Y los gatos y las monas corren detrás de las perlas sonoras, las detienen, las agarran, se las tiran los unos a los otros, retozando, jugando, riñendo, con actos, con gestos, con signos de gracia siempre fácil y nueva.

Y allá, los collares se rompen, se deshebran, se desgranar aún, como si por un prodigio la risa carnal de la Juventud se trocase en aquellas deshechas joyas desparramadas e irrecuperables. (¿En el rosál, allá, Amarilis perdió los sentidos, o entregó el alma?)

Erán las sonatas de Domenico Scarlatti.



Una fiesta en el Tigre



EL RIO LUJÁN EN UN DÍA DE REGATAS.



GARITA A EUROPA

Mi antiguo y buen amigo:

No me ha sorprendido que su buen criterio diera la importancia que merece a las absurdas narraciones y fantásticas pinturas que hacen de nuestros tipos y costumbres, que llegan a esa, unas veces por cartas, y otras en pintorescos artículos, tan llenos de despropósitos que parece más bien un deseo de sus autores de cerrar los ojos para no ver la sencilla verdad de nuestra vida, que, con pequeñas variaciones de lenguaje, se desarrolla como la de los demás países de la tierra. Supongo yo, que este fenómeno de óptica obedece, más que a una mala voluntad preconcebida, al propósito de sorprender con escenas absurdas, de novelas pasadas de moda y en las que ya sólo cree un reducido número de cándidos lectores.

Pero como la verdad al fin y al cabo se impone, quiero ayudar a ella con mi modesto esfuerzo, pintándole cuadros de nuestra vida, que me son familiares, y aunque sencillos han de tener seguramente algún interés para usted y para todo aquel que quiera conocer algo nuestras pintorescas costumbres y abigarrado léxico.

Precisamente acabo de hacer un viaje a la Pampa, y tengo tan fresco el recuerdo, que puedo describirlo con el primer de un miniaturista.

Pocos hay que conozcan el origen del nombre de esa región, y como probablemente usted lo ignora, me doy el gusto de explicárselo, que bien vale la pena. Recorría estas tierras, don Juan de Garay con un grupo de soldados, explorándolas y admirándolas, cuando uno de sus adelantados, — llamado así porque iba delante, — exclamó: «Esto es *despampante*», y con este nombre quedó bautizada entonces. Más tarde, no se sabe por quién, fué suprimida la partícula *des*, que en muchos casos es la negación de la palabra misma, como de cortés descortés, de aire desaire, etcétera, etc. Quedó algún tiempo así: «pampante»; pero un oficial de las fuerzas de Garay, le cortó el rabo a la palabra suprimiéndole las sílabas *nante* porque le hacían recordar las sardinas en conserva, que se le indigestaron, durante las exploraciones. Así, pues, quedó definitivamente la palabra «Pampa», para conocer la región de que le hablo. Y rogándole perdona esta aclaración, — que si no es overo es bien trovato, — vuelvo a mis narraciones donde pienso emplear el léxico que aquí se usa, y que, como verá, en la mayoría de los casos no necesita aclaración por la gran semejanza que hay en sus vocablos con los que a usted le son familiares. ¡Cómo que tienen el mismo origen!

Al rayar el día, mi amigo y yo estamos dispuestos para el viaje. El calote era sofocante y en vano tratamos de contraloroarlo. Yo iba vestido de trapiche, sombrero de caucho, saco de batuque con cuello de felpada y ancha mangangá; cinturón de rastacuero, un facón muy filatélico, un buen par de botaraterías de cuero de potro y un poncho de vinchuca. Mi amigo llevaba, poco más o menos, la misma idiosincrasia que yo, así que bien podían tomarnos uno poroto.

Apuramos sendos vasos de cremallera de leche y un poco de guarangada con soda, y nos dispusimos a partir ocupando un ligero choclo tirado por dos mulitas. Detrás venía, haciendo escolta, un peón montado en una preciosa jaca de jacarandá; y a la zaga un lunfardo con ropa de repuesto y todos, por si acaso, bien encopetados.

— Tenemos que achucharnos si queremos llegar a tiempo.

— Kerosen si quieren, nos replicó la mujer del quintero. Mi marido, como es el que manda, tiene la sartén agarrada por el chimango, pero está durmiendo. Está encamotado todavía; es muy camorrero.

Sentí cierto garaje por la confianza, y ya iba a replicar agriamente cuando mi amigo me contuvo con estas palabras: dejala, siempre suele tomar el grévano por las hojas.

Partimos por fin, y una bandada de palomas boleadoras nos acompañó algún tiempo. Los canejos huían atemorizados a nuestro paso, ocultándose apresuradamente en los batifondos del terreno. Atravesamos un hermoso bosque de palmípedos y de yum-yum, y pasamos muy cerca de un carancho, árbol propio de esta región, llamado así porque todo el que duerme bajo su sombra sale con la cara ancha.

Llevábamos unas horas de camino y el sol dominaba el horizonte, cuando acertó a cruzarse con nosotros un paisano, de caracú tostada, que nos saludó con corte. Me disponía a contestar, cuando mi amigo me lo impidió diciendo: Le conozco; es un matungo, individuo que hace profesión de matón; no hay que fiarse de él porque tiene sandguich india, y es un canillita. ¿Le oyes como bufach?



— Si; es un bufoso. ¡Lleva unos ravioles bárbaros! Seguimos nuestro viaje subiendo la carretera, — cosa natural, porque ahora con la guerra ha subido todo, hasta los caminos — sin mayores contratiempos, y a mí se me caía la biaba contemplando la paura del paisaje. El sol empezaba a pegar de firme: ¿No lo dije, amigo, que tendríamos un buen día de calote?

— Me lo suponía; el sol pichincha un poco. Un enjambre de moscas empezó a molestarnos lamentando entonces no habernos traído algunos mosqueteros.

Pasamos por la orilla de una laguna donde graznaba una patota de patos y algunas ocas tocaban la ocarina.

— Antes, dije, había en estos lugares muchos gallardetes, pero los han perseguido tanto que los han niquelado por completo.

Un paisano, al vernos pasar, nos gritó desde el opuesto orillero:

— ¡Piola! ¿Cómo les va? ¿Nandubay?

— Vamos ahí, no más; a Nandutí, le contestamos, y seguimos viaje.

Continuamos el camino bordeado de palmípedos, por el lado más cuyano, admirando la fertilidad del interregno, salpicado acá y allá de frondosos cakis de cuyas ramas pendían los trajes casi maduros, y sintiendo el dulce pír de los suribis y los cotorros. Un hermoso pilcomayo de vistoso plumaje nos miró al pasar mecidiéndose suavemente sobre una macana. Una bandada de gabiones levantó el vuelo, perdiéndose en el horizonte; saltaban las alegres cabreiros y los chivatos entre los priscos. De pronto, una dulce chafalonía llamó mi atención haciéndome exclamar: — ¡Carapachay! Si no minga-ño están cantando. Escrucha, escrucha ese chantage, dije a mi amigo. En efecto, un peón ante una marejada de corderos se entretenía en chantar coplas, acompañándose con la guitarra. Es una curtiembre muy popular aquí, y la llaman «Cantar para el carnero».

— ¡Candombe, y que bien chanta; me ha dado un chasque!

Bien entrada la mañana, advertimos un hombre de aspecto ranfañoso que se acercaba lentamente. Traía un hermoso gurupí agarrado de las talas y herido en la mandioca. Al cruzarse con nosotros nos miró alambreado, haciéndome sospechar fuera un titeador furtivo.

— ¿Pides mucho por esa pieza? — le pregunté.

— ¿Ragú-lar?

— ¿Cuánto quieres?

— Teru-tero... Cinco patagones.

Le dimos guaranguería por ella, y seguimos. Pasamos cerca de un rancho muy bajo de techo, que exhalaba un fuerte olor a pescado. — En esta casa, dije, se hacen conservas de pulpos.

— Ah, vamos, es una pulpería, agregó mi amigo.

— Si; pero no se sabe quien tiene la pulpa, replicó.

Poco después, y al doblar una curva, distinguí por fin el objeto de nuestro viaje.

— Yatay, exclamé. Es una casuarina llegar tan pronto. ¿Ves el pueblo?

VISIONES DE AMÉRICA

— Si; ya lo entrevero.

— ¿Tacuaras de él?

— No; nunca he pasado por ahí.

Se distinguía el casal, con sus fachadas de ladrillos, techos de cina-cina acanalado, y otros con latifundio. Para mejor gozar del paisaje, resolvimos hacer a pie la distancia que nos faltaba.

Dejando las mulitas y la jaca bien amarretes con tiras de cuero al tronco de un castañazo, nos dirigimos al pueblo sin temor a la distancia como buenos garrapaticidas. Por fin llegamos; buscamos la fonda, donde nos recibió una damajuana de alto rengó, algo bizcacha, con la cara mamoretá y chapetonada, que revelaba un padecimiento al curuzú; parecía hidrófila por que estaba muy cinchada del vientre y patada la ropa con un cardón muy grueso. Un matrero nos sirvió mate y nos preguntó si lo queríamos con bichoco.

La dueña, en tanto, no hacía más que toser, y yo la alivié dándole unas pastillas de meneguina. Seguramente caburé bien la dosis, porque cesó de toser impacto.

— Este es un gran pueblo, nos dijo. Tenemos un hermoso charque donde toca la musaranga todos los domingos. El terreno es muy fértil porque lo abonan con chiriguano y da un excelente linotipo; y el día que empiece a descuajaringarse la marimba mercante tendrá un valor muy importante. Mi marido espera conseguir un empleo de oficial payador para pasar mejorar la vidalita.

Luego quiso obsequiarnos con chupandina con soda, pero la dejamos porque nos da churrasco.

— ¿Paga mucho por esta casa?

— No pajonal; es nuestra.

Mientras nos preparaban el escuerzo, salimos a recorrer el pueblo, acompañados de un joven tallarín que talla esculturas para las iglesias. En la plaza motriz había varios mazorqueros bailando la mazurca. En uno de los lados un gran edificio nos llamó la atención. — Esto, — dijo nuestro guía, — es un local donde se alojan los locos; aquí no hay más que locatarios. Desgraciadamente en este pueblo se dan muchos casos de locación.

— Pues vámonos pronto, dije a mi amigo; — quien quita locación quita el peligro, no sea que con este calor nos volvamos también locos de verano.

Algo quebracho por la cintura de tanto andar, regresamos a la fonda que ya tenía la mesa preparada.

A guisa de aperitivo tomamos unas copas de Oporto, por ser el momento oportuno, y empezamos con un rico plato de biabas con caldo, matufia en salsa, abundantes batatas, hasta quedar abatados, y panfleto recién sacado del hornero.

La bebida era excelente y a indiscreción: Un jarro de poncho, cretino espumoso, clérigo con frutas y aguapey fresca traída del Aconcagua. Yo pedí un chivilcoy de cerveza.

De postre, una buena ración de cocoliche, coco pequeño, muy jugoso, que me gusta pucho, pero no hay que abusar de él porque se corre el peligro de encocorarse; almendras de engañapichanga, crujientes y sabrosas, naranjas de mandinga y manzanas in corpore sano.

— ¡Acaribay, acaribay, qué rico está!, — dije a mi amigo; coima, coima que es muy agradable. ¿No te gusta?

— Camoatí, me replicó. Yo matabo de esto, y apuré una copa de limonada de boliche.

Terminamos fumando unos riquísimos tábanos retobados de hojalatería.

— Pedigree la cuenta, dije. La pedí y quedamos churrasqueados porque importaba unos cuantos conchabos. Pagué con un billete que tuvieron que cambiar en la atigencia de al lado.

— Señor, — nos dijo el mozo de comedor, — ¿y la yapa?

— Yapa-reció aquello: garden party lo que sobra.

Bien entrada la noche resolvimos desfondarnos, volviendo al pago, porque al día siguiente tenía un asunto muy ugarite. Como es más cómodo el receso en tren decidí entrenarme y para ello consulté al otario. Había que achurarse porque se escuchante el pito de la locomotora.

— ¿No caes, — pregunté a mi amigo, — porque quiero volver tan pronto?

— No, caigo; pero yacaré. Misia olvidado.

— Pues, porque banana tengo que levantar un pangaré y quiero llegar atorrantes de la hora para que no me tomen por un pagador mormoso.

Y aquí termino por hoy, prometiéndole para más adelante otros cuadritos que, como éste, sean fiel reflejo de nuestras costumbres y de nuestro lenguaje. Suyo siempre,

ANTONIO CAÑAMAQUE.

DIBUJO DE SIRIO.

Nuestros críticos Joaquín de Vedia



Ya están el repórter y don Joaquín de Vedia frente a frente. Junto a este hombre de alta estatura y elevado pensamiento, el pobre repórter viene a ser un triste bote estrellándose, a merced de las olas, contra el casco de un dreadnought. Habla don Joaquín, — Joaco, como le llaman cariñosamente los que con orgullo pueden llamarse sus íntimos, — y su voz cavernosa y, si embargo, dulce, impone a todos silencio.

— ¿Con qué un reportaje, verdad? — Y acariciándose la barba, en un ademán característico, míranos de pies a cabeza y agrega: — ¿Y puede saberse qué mal os he hecho para merecer este suplicio?

Tembloroso, el repórter no acierta a dar principio al interrogatorio, que don Joaquín, benévolutamente, inicia con la primera respuesta clásica:

— Nací en Buenos Aires, hace cuarenta años. ¿No era eso lo que usted quería saber?

— Sí, señor... y...

— Ya sé lo que usted va a decirme... Estudié en la Escuela Primaria de Montevideo.

— ¿Recuerda usted quienes fueron sus compañeros de estudio?

— Pero, hombre... ¡si no estudiaba ninguno!

Esta respuesta tiene naturalmente la virtud de alentar al repórter que, ante el buen humor de don Joaquín, se atreve a continuar preguntando.

— ¿A qué edad se dedicó usted al periodismo, señor Vedia, y en qué periódicos escribió usted primero?

— Tenía yo diez y siete años. En la *Tribuna*, de Buenos Aires. Recuerdo que mi primer artículo, o suelto, fué sobre un pobre perro muerto que nadie recogía de la calle. No me olvidaré nunca; cuando se lo entregué a mi director, Mariano de Vedia, para que lo corrigiera, yo temblaba de pies a cabeza.

— Después, ¿en qué periódicos ha escrito usted?

— En muchos; pero ¿usted cree que realmente le importa eso a alguien?

— Ya lo creo; siempre son interesantes estos pequeños detalles de la vida de un hombre que ha consagrado su existencia, como usted, al periodismo, y que ha logrado hacerse respetar por su talento.

— Basta, — dice don Joaquín, acariciándose nuevamente la barba — déjese usted de ditirambos. Escribí en *El Siglo* y *Nación*, de Montevideo, y aquí en *Tribuna* y *La Nación*.

— Recuerdo por cierto que, durante su actuación de crítico, fué usted siempre duro con el teatro nacional, sus autores y sus intérpretes...

— Sí, amigo... lo contemplaba desde lejos, cuando ejercía en la prensa, con fueros de magister, la augusta función de la crítica; para mí no había más que los Sardou, Ibsen, Maeterlink,



Bjornson, Hauptmann, Strindberg, complaciéndome, naturalmente, en evocar siempre los nombres de autores que no sabía pronunciar... Figúrese usted, en consecuencia, mi desprecio por los teatros de estructura local, en los que se representaban dramas y comedias de autores y por actores a quienes yo conocía personalmente, que tenían la imperdonable e incurable debilidad de vivir en la misma ciudad que yo habitaba, hablar mi propia lengua, no escribir en ruso, en noruego o siquiera en alemán... Y así comencé dando palos a diestro y siniestro con una insolencia sólo comparable a la coincidente ignorancia, logrando de este modo hacerme un nombre de «crítico»; y como además, no despreciaba ocasión de citar nombres exóticos, logré también fama de «erudito».

— ¿Cómo se operó en usted la evolución, hasta el punto de ser hoy director artístico en un teatro nacional?

— Gracias a mi inolvidable amigo Florencio Sánchez, que logró probarme que aquí también se puede pensar y escribir para la escena con sinceridad elocuentísima, poniéndome en el caso de reconocer que el teatro argentino, ya entonces llamado nacional, era un teatro destinado, como otro cualquiera, a reflejar la vida y los ideales ambientes. Comencé entonces a inclinar a tierra la mala cabeza antes erguida en fuerza de su propia vacuidad — teoría de los globos — y a prestar una atención más concentrada y menos agresiva a nuestra escena, a la que muchos valientes espíritus iban aportando una contribución periódica de trabajo cada vez más interesante.

— ¿Cree usted ya en nuestro teatro, entonces?

— Sí; pero costándome mucho aceptar su designación. «Nacional» es pedante y absurdo, siendo además engañoso apodo. Llamar nacional a este teatro, es atribuirle un tipo y una orientación definitivos, muy particulares y muy propios, cuando en realidad es aun tributario espiritual de maneras y tendencias extrañas.

— ¿Cómo lo designaría usted, entonces?

— Teatro argentino sencillamente, lo cual no obliga a ser sino lo que somos, la masa revuelta y confusa que hierve en su olla, segregando en densas columnas de vapor lo que le es sustancialmente ajeno, hervor que continuará hasta que, limpia de toda aleación, libres de toda mezcla, sea nacional, cuando hable, piense, obre, produzca, trabaje, se renueve sobre nuestro suelo y bajo nuestro suelo.

Don Joaquín de Vedia estaba ya algo fatigado con nuestro interrogatorio. En tres respuestas ha dado una interesantísima opinión sobre el teatro. Justo es ya, pues, que le hagamos merced, dejándole tranquilo, no sin hacerle la última pregunta, sin embargo:

— De su larga actuación como director de la compañía del Apolo, habrá usted sacado en consecuencia, cuál es el género teatral que el público prefiere. ¿Verdad?

— Cualquiera, con tal de que tenga algo, una verdad, una vida, un espíritu.

EL DOCTOR MISTERIO.

CARICATURA DE ALONSO.

La Cubita del Amor

CUENTO
CUYANO



— ¡Está güeno, áhura sí que está güeno: me ha tratao de flojo!

De esta manera iba monologando Anastasio aquella mañana de estío que parecía reir, tanta era la frescura y alegría reflejada en el cielo y en las nieves serranas. Preocupado, y reflexionando sobre el valor de aquellas palabras que le enrostrara Paulina, el pobre mozo caminaba por el sendero cuesta abajo, sin reparar en los raigones que le obstruían el paso y con los cuales menudeabase bruscos encuentros y tropezones. Al doblar un recodo en el que hacían esquina las dos filas de álamos que bordeaban el camino, detúvose Anastasio a mirar la vieja cuba que su padre abandonara allí considerándola inservible.

— ¡Caramba, parece una vizcachera! ¡Qué lástima! Yo que pensaba acomodarla...

De esta suerte comunicábase sus pensamientos el bueno de Anastasio, de paso que se rascaba la barba y contemplaba con extrañeza el enorme trasto yacente, arrumbado entre unos árboles que lo protegían del sol. Así y todo, resolvióse a lo que tenía pensado, comenzando a revisarla con minuciosidad, y a moverla luego lentamente, consiguiendo, después de unos vaivenes, hacer rodar aquella tosca mole de madera por un camino sembrado de canto rodado. Hábil mostrábase el mozo para orientarla, pues que no era cosa fácil maniobrar con una cuba tan descalabrada, suelta de zunchos y duelas. Por momentos, ésta disminuía su andar hasta detenerse; pero Anastasio, adivinando la causa de estas obstrucciones, ciaba con vivacidad el gigantesco maderamen y lo volvía súbitamente, haciéndolo saltar el obstáculo como si fuera una simple yanta de caucho. La cosa, más bien que enojarlo lo divertía, complaciéndose que de trecho en trecho se repitiera, presentándole la ocasión de poner a prueba su fuerza y habilidad.

En una de estas andaba, cuando le pareció oír voces y gritos que partían del otro lado de la cuba. Dada la estrechez del camino en aquella parte, comprendió que si alguna persona venía en sentido contrario, no le sería posible pasar si antes no hacía a un lado la vasija. Detúvola poco a poco, al mismo tiempo que la arrimaba a la vera izquierda, y esperó, inclinado, con las manos puestas en la mole, pronto a dar el envión una vez que pasara el «alguien» que por allí transitaba. Unos pasos presurosos le hicieron volver la cabeza hacia la parte libre del camino. Iba a preguntarse quién podía ser el madrugador, pero no tuvo tiempo para ello, por encontrarse de pronto con los ojos abiertos e interrogantes de Paulina. Esta, sorprendida al descubrir detrás de la cuba a Anastasio, rompió en una carcajada ruidosa y fresca, a tiempo que palmoteaba sus manos, brincaba, y con gran descaro y mayor audacia despachábase en muecas y guiños burlescos cara a cara con el mozo. Es que Paulina, sin saber por qué, lo despreciaba. No perdía oportunidad de demostrárselo.

— Chei, Anastasio: me da pena verte tan trabajador.

— Así será; pero a mí nada me duele.

— No digás, chei, la cara te desmiente... ¡Parece que se te escapara el alma por la boca!

— Por lo visto, querés pasar el rato conmigo.

— Es que por ahí me da siempre que te veo. Y ahora... figurate ahora... ¡con esas trazas!

— Ve, mirá Paulina: un güen día se me va dir la pacencia...

— Pobrecito el que la halle: se va creir un burro. ¡Ja, ja, ja!

Y la muy desvergonzada se alejó batiendo palmas, riéndose a más no poder del bueno de Anastasio, el que se había quedado perplejo y mordiendo enojos recostado a la cuba. En aquella postura, y muy a pesar suyo, la siguió con la mirada, hasta que se perdió de vista allá abajo, en la hondonada cubierta de jarilla. ¡Era tan linda la moza! Pensando en ella traspuso sin notarlo el espacio que lo separaba de las casas. Allí, en un lugar que daba al camino, próximo a la hijuela señalada por dos hileras de granados en fruto, depositó el vacilante cascajo. Acto seguido púsose a rozar el terreno, arrimando al cerco las hierbas y matas que en grandes montones enhorquillaba. En breves instantes quedó el suelo raso y limpio de yuyos. Y allí donde poco antes la maleza crecía y se desarrollaba en profusión, Anastasio estableció su pequeño taller de carpintero remendón.

Don Cirilo y ña Jerónima, padres de Anastasio, habían seguido con ojos asombrados todas las maniobras que éste realizara para mudar su taller de sitio, y no comprendiendo qué mejoras podía conseguir en aquel cambio — puesto que a la intemperie nunca se hallaría mejor que bajo techo — apresuráronse a interrogarlo, temerosos de que estuviera a punto de perder la chaveta.

— Déjenme hacer — les contestó. — No estoy loco ni curao. Como he sabido que en la cocinería de la Adela se dice que soy un haragán, quiero hacerles saber lo que valgo.

Anastasio entendía poseer una razón más aun que lo obligaba a tan extraña actitud, y era que sentía brotar en su corazón, con fuerza imperiosa, el chispazo de un amor no correspondido. Entre-gábase a la obra demoledora recorriendo uno a uno los zunchos de la cuba en la que repiqueteaban de contrapunto, frenéticamente, el formón y el mazo.

Transcurrió una semana. Durante ese tiempo el serrucho no cesó de rezongar y escupir aserrín. Así también el cepillo, silbando con rudeza el patín, no dejó de dar vuelo a su imaginación creadora, soltando al aire caprichosas serpentinadas de virutas tornasoladas y brillantes como el nácar.

A pesar de la indiferencia que simulaba pacientemente, Anastasio no pudo contenerse aquella mañana cuando, en momentos en que se hallaba limpiando el taller, sintiera de pronto la voz de Paulina que le gritaba, mofándose:

— ¡Loco viruta! ¡Loco aserrín!

Saliendo de entre los montones de viruta abalanzóse el mozo hacia el cerco, rojo de ira el semblante y los ojos abiertos, fieros y amenazadores. Iba a gritarle a la insolente unass cuantas palabrotas, pero no pudo, la garganta se le anudó atragantándole las voces y el enojo. Alcanzó a ver cómo huía Paulina, escurriéndose contra el cerco para no ser descubierta.

Pero un buen día, en aquel pobre caserío apartado y triste, sus pocos habitantes, unos cuantos hombres de oficio y otros tantos viñateros, interrogábanse sorprendidos al encontrarse en el camino:

— ¿Ha visto usted la vasija de Anastasio?

— ... ¡Que yo sepa!

— Hombre: ¿no está usted enterado?

— Que no, digo.

— Pues dicen que es una maravilla: ¡una obra mzastral! Al menos, así me habló mi mujer, y lo mismo mi suegra.

De la misma manera, en la cocinería de la Adela los parroquianos bordaban toda clase de comentarios, menospreciando unos y alabando otros la obra de Anastasio.

Entre tanto, éste se ocupaba en dar los últimos toques de pintura a los zunchos de la hermosa cubita que había construido con el material de aquel viejo trasto desechado por su padre. De pronto se detuvo, arrojó los pinceles, y dando vueltas en derredor de la vasija, observándola, mientras, con gran detenimiento, fué apartándose poco a poco hasta dejarse caer sobre un banco, tan cansado estaba el pobre Anastasio. Y contemplando su obra, alegre, feliz, quedóse como extasiado al verla aureolada por los rayos de sol que hacían destacarse prodigiosamente los arcos negros, retintos, lustrosos de la blanca cubita, la que se encaramaba, muy señorona y coqueta, sobre un marco de cuatro gruesos tirantes de alerce.

Pocos momentos llevaba en aquella actitud, cuando una exclamación jubilosa y sentimental irrumpió detrás del cerco:

— ¡Qué bonita, mi Dios!

Volvió la cabeza el joven, sorprendido al reconocer la voz de Paulina, y atribulado al ver que por primera vez se expresaba en forma tan comedida. Conociéndola chúcara y mañosa, era como para no prestarle atención. Pero allí estaba ella, empuñada sobre los alambrados, expuesta a lastimarse en los pinches del viejo rosál, sacando por encima de las ramas su linda carita morena. ¡Aquello era una revelación! Así lo interpretaba el buen Anastasio, comprendiendo que su obra estaba dando los resultados apetecidos. A impulsos de la emoción que lo embargaba, levantóse y fué caminando despaciosamente hasta el cerco. Cuando llegó junto a la moza, le dijo:

— ¿Te gusta?

— Tanto, que m'hei alzado p'alcanzarla toidita con los ojos.

— Gracias, Paulina. Ti asiguro que tus palabras me gólpian el corazón lo mesmito que bendiciones.

— Ojalá fuera cierto... aunque no merezcó... — ¡Zonza!... ¿no ves que se ha hecho el milagro?

— ¡Cuál milagro!

— El de la cuba, po. ¿Acaso no fué con ella, sus mismas duelas y zunchos, que labré esta cubita que tanto te agrada? Mi discurso era ansina: voy a ver si el corazón de Paulina, dezunchado y flojo como la vieja cuba, se compone ante la rialidá. ¡Claro! pa desacreditarme, algunos guastos te mintieron, diciéndote que yo era un flojo...

— ¡Ay que pena! — dijo interrumpiéndolo la moza. — Perdóname, Anastasio.

Y de presumir es que aquel día Anastasio y Paulina se dijeran muchas cosas más, que si así no hubiese sido, imposible sería encontrarlos hoy, al correr del tiempo, abrazados tiernamente bajo la fronda de los granados y parrales del solar de ño Cirilo.

Micor
Montagne





FOTOGRAFIA VAN RIEL.

St. Elise
Borck
Alwerdt

UN SEMINARIO

De amable recuerdo serán siempre para nosotros, estudiantes de acá, aquellas mañanas de octubre vividas en el seminario filosófico del doctor José Ortega y Gasset. Reunidos no más treinta estudiantes en la vieja casona de la Universidad, leíanse allí con unción verdaderamente religiosa las páginas dilectísimas de la «Crítica de la Razón Pura». El profesor interrumpía a cada instante al lector para explicar los pasajes profundos. Su ciencia aupaba así nuestra comprensión del pensamiento kantiano, y nosotros, ahitos de oír hablar de las nieblas germánicas, empezábamos a sentir voluptuoso desdén hacia la escasa penetración del vulgo. («Y no penséis, señor,— dice don Quijote,— que yo llamo aquí vulgo solamente a la gente plebeya y humilde; que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en el número de vulgo...»). ¿No parecía en aquellos momentos que sólo las cosas del espíritu podrían preocuparnos en adelante? Como éstas debieron ser, sin duda, aquellas mañanas de 1796, en que Ampère y sus amigos se reunían en un cuarto de la «rue des Cordeliers» de París, a leer en alta voz la «Química» de Lavoissier.

Para nosotros, pues, poco acostumbrados a estos convivios filosóficos, ha sido franca felicidad la llegada del doctor José Ortega y Gasset a nuestro país. Por su palabra, mejor todavía que por sus libros substanciosos, nos ha sido dado allegarnos a un maestro novecentista. He aquí una imperiosa e íntima necesidad nuestra desde hace tiempo: un maestro novecentista. Parece que ahora, aunque en pequeña mancomunidad, ya podemos atrevernos a hablar de cosas que se apartan del siglo XIX tan caro todavía a nuestros intelectuales; a los intelectuales de la psicología experimental, de la sociología, de la psiquiatría, de la antropología, del ateísmo, que no es negación de los dioses, sino del espíritu.

El lector a quien preocupan las cuestiones de filosofía, siguió, seguramente, el curso de conferencias públicas que dictó en la Universidad el profesor español. No todos han podido asimismo frecuentar el seminario sobre Kant, y como éste constituye, en nuestro entender, la labor más proba e interesante del señor Gasset entre nosotros, trataremos de fijar en las páginas de PLVS VLTRA una impresión de lo que fué el seminario.

En las conferencias públicas, el profesor veíase en la circunstancia de tener que dirigirse a un público numeroso. Esto hacía que se resintiera su discurso, de una falta de exposición de métodos que al público en general habrían resultado complicados. Tratándose, en cambio, de una pequeña reunión, una reunión familiar, por así decirlo, el profesor ya podía adentrarse más en los asuntos de que se ocupaba, y discurrir con la penetración que exige la filosofía. «Porque la filosofía,— explicó el doctor Gasset,— cuando advierte el objeto de su misión, considera prontamente que es necesario anteponer el diálogo al monólogo para llevar apropiado curso.»

«No otra cosa — sigue el profesor — enseñó Sócrates, padre y maestro de todos los filósofos, trayendo a la filosofía la «mikrologia» (el pequeño hablar) por oposición a la «makrologia» (el hablar largo) de los sofistas. Sócrates renuncia a la persuasión y a la sugestión de los discursos extensos de los sofistas, en los cuales el orador llega al fin que se ha propuesto, sin contar con la aprobación tácita de su auditorio. En su lugar, toma Sócrates uno solo de entre los circunstantes, para discurrir con él. Sócrates usa entonces del diálogo, y ya se sabe que el diálogo, para poder continuar, supone una parte de adhesión en los interlocutores. Justamente el diálogo es la característica principal del seminario.»



Se relacionan con esto las cuestiones de pedagogía. Dijimos que el profesor era novecentista: claro está que él no comulga ya con los preceptos pedagógicos de Rousseau, de Herbart, de Pestalozzi. Tomar la espontaneidad pueril como base de la educación, es hoy completo absurdo. La enseñanza, por el contrario, es renunciamento; significa en cierto modo una modificación de nuestro propio ser. Precisamente lo que no admitía la pedagogía romántica. Pero la Universidad, último grado de la pedagogía, toma una determinada faceta de la intelectualidad del joven, y la educa, renunciando a formar en principio al alumno, al que se da por iniciado.

La Universidad es, por un lado laboratorio y academia; por otro, seminario. En sus aulas se han de enseñar, naturalmente, las modernas corrientes de ideas; pero al mismo tiempo se estudiará a los clásicos, a fin de apercibir al alumno contra esas ciencias díscolas que están en perpetuo recomenzar por desconocer lo anterior a ellas. Clásico de la filosofía es Kant. Queda explicado el porqué de su estudio en nuestra Universidad.

Para iniciar el estudio de un clásico es preciso ante todo situarlo en la historia. Sólo así se pondrá al estudiante en condiciones de comprenderle, o, por lo menos, de encauzar su comprensión.

¿Cuál es la posición del filósofo de Koenigsberg



DE FILOSOFÍA

en la historia de la filosofía? En la Edad Antigua y en la Edad Media, la ciencia única es la metafísica. Todas las demás ciencias lo son en cuanto se parecen a la metafísica. La misma física del estagirita no tiene relación con la de hoy más que en el nombre. En el Renacimiento surgen las matemáticas. Estas son las verdaderas ciencias, las «nuove scienze» de Galileo, que rigen el pensamiento moderno.

La Edad Moderna atiende, pues, a las matemáticas. No interesa mayormente a la filosofía moderna descubrir nuevos hechos; lo que le importa es afirmar sus pasos conforme va avanzando. Por eso, lo que conviene primeramente es fijar, establecer los principios de nuestra sabiduría, para tomar una orientación segura. Esto es, esclarecer el principio transcendental: el conocimiento. El análisis de este principio es lo que introduce Kant a la filosofía, con su criticismo. Por otra parte, preocupa a la filosofía que nace del Renacimiento, asentar el pensar idealista con la matemática, y Kant adapta la metafísica al método matemático de Newton.

Emmanuel Kant, pues, cumple cabalmente con su filosofía los ideales del Renacimiento. Para mejorar todavía nuestra situación primera ante su obra, conviene saber cuáles son los objetos de que se ocupa.

Para la teoría (la contemplación), los objetos se dividen en ideales y reales. Los primeros son los que no acaecen en el tiempo ni en el espacio: una figura geométrica, por ejemplo. Pertenecen a la deducción. Los segundos son los que acaecen en el tiempo y en el espacio: una rosa. Estos pertenecen a la ciencia empírica.

Dentro de los objetos reales puede establecerse una subdivisión: objetos naturales y objetos de la historia. Los objetos naturales son los que estudia la física. Entran en la función de explicar. Los objetos de la historia pertenecen al concepto de entender. Es decir, que mientras la física explica la naturaleza y relaciones de los objetos naturales, la historia trata de entender la lógica de los sucesos pretéritos.

Kant no se ocupó de los objetos ideales, ni de la lógica de la historia. Pero nosotros, dejando de lado esta laguna de la obra kantiana, debemos atender en esta obra, los objetos filosóficos (los ideales), por una parte, y por otra, la psicología, el alma del autor (la lógica de la historia).

Con esta suerte de introducción — mejor expuesta, desde luego, y más preciosa en detalles — se entró a leer la «Kritik der reinen Vernunft». Sería del todo inútil tratar de recordar aquí los comentarios que el profesor ponía a cada párrafo. Advertiremos solamente, que el doctor Gasset se limitó a explicar el pensamiento de Kant. «Tengo — nos dijo — mis reservas para el pensamiento kantiano, pero no me he propuesto ahora hacer crítica». Observó también, a propósito, que la prensa argentina le definía equivocadamente como un filósofo kantiano. «Hablo de Kant con entusiasmo», — añadió, — porque todas las cuestiones de filosofía tienen para mí como una atracción religiosa, pero juzgo que mejor podría considerarse dentro de la filosofía de Leibnitz y de Platón.»

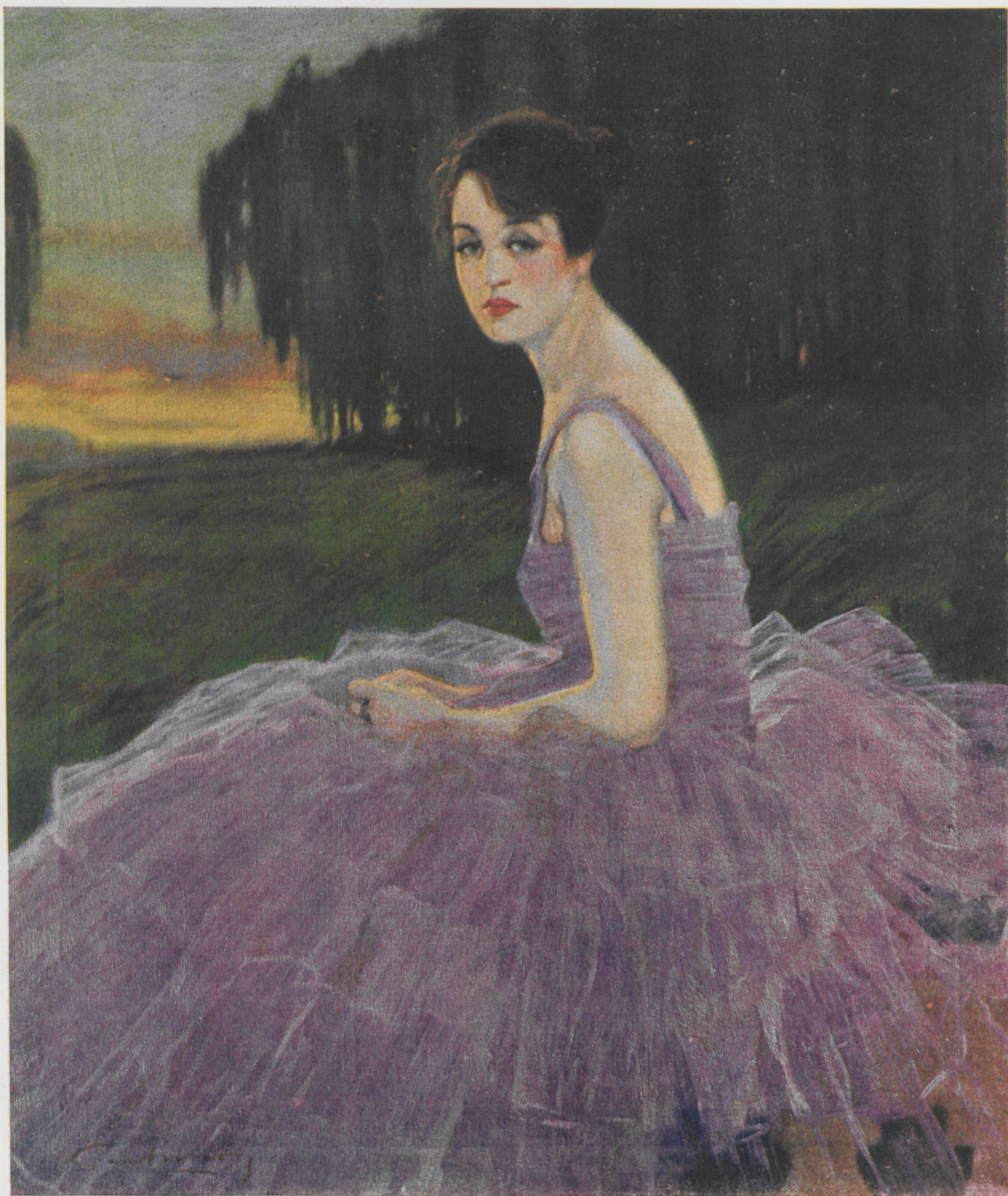
El profesor español partió a comienzos de este mes, de entre nosotros. Cinco meses ha permanecido en nuestro país. Cuando algún día se quiera saber hacia qué punto gravitaba el alma de nuestra nación en este último medio año de 1916, habrá que orientarse hacia la Universidad. En la Universidad de Buenos Aires y en el año de 1916 oímos los jóvenes hablar por primera vez de filosofía.

JOSÉ GABRIEL.



ARTE NACIONAL

"LA ROMPIENTE"
ÓLEO DE TITO CITTADINI.

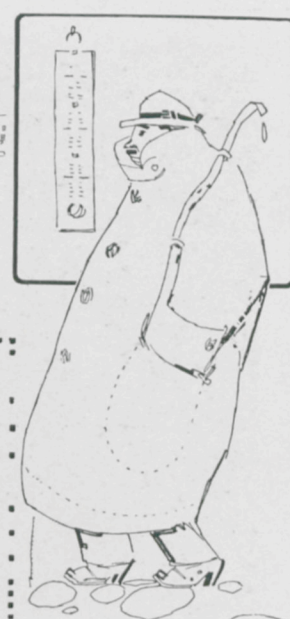
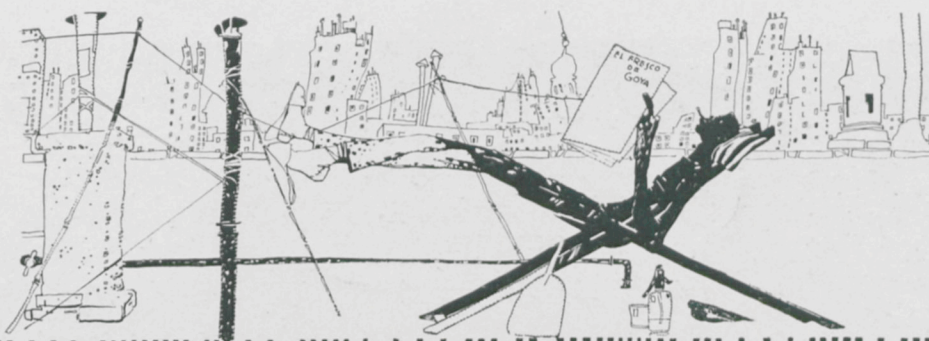


ARTE NACIONAL

NOSTALGIA

ÓLEO DE EMILIO CENTURIÓN.





1917

... Y la gran ciudad se convierte en un coto de caza. Los monteros señalan la guarida de donde, hostigado, saldrá el tigre asesino o el veloz ciervo; y los cazadores ocupan sus puestos. La espera es alegre y ansiosa.

De pronto vibra el halalí ensordecedor de las sirenas y estalla el tiroteo. Todos quieren matar el tiempo representado por el año naciente. 1917 huye, malhiriendo a sus perseguidores; alguna bala perdida le ayuda.

Así saludó Buenos Aires, según ya tradicional costumbre, la entrada del 1917, año que ha comenzado tan agresivo como sus antecesores.

Tras de la estrella... de una propina vinieron luego los Reyes Magos, en figura de changadores, repartiendo juguetes a la ya incrédula chiquillería.

El termómetro dió saltos bruscos desde los límites del cero hasta las alturas de la fiebre. La ciudad tiritaba en pleno estío, para quedar después bloqueada por las insolaciones.

Las tarjetas de felicitación, gratuitas o costosas — hay filósofos que aseguran que toda tarjeta tiene su precio — formaron montañas de cartulina, a pesar de la carestía de papeles y cartones.

Y así comenzó 1917 el reparto de sus horas, que ojalá vayan siendo cada vez más lentas y menos crueles.

DIBUJO DE C. FERNÁNDEZ.



Como eran ellas



SUSANA CASARES DE LLOBET.

Tan interesantes, tan llenas de encanto, como ahora...

Elisa de Alvear de Bosch, que, rodeada hoy de sus preciosas hijas, en las que revive su misma juventud, resplandeciente de belleza y atractivos, ha sabido hacer valorar en el extranjero, la inteligencia y exquisita cultura de la gran dama argentina: si nos fuera dado fijar para siempre los rasgos de su aristocrática silueta, no sabríamos cuál época de su vida elegir: si copiar su erguido busto, que se destacaba en uno de los palcos balcón de la antigua Opera, ataviada con elegante corpiño blanco y negro de estilo Directorio, o ahora, vestida de mañana, con impecable tailleur negro, cubiertos sus cabellos ligeramente plateados, por severo y liso tricordio también negro...

Susana Casares de Llobet, la espiritualísima mujer de mundo, cuyo chispeante ingenio revela a la porteña de pura raza, y lo mismo que preside una recepción, con la señoril distinción que la caracteriza, ocupa sus ágiles y nerviosas manos, tejendo abrigos para sus innumerables protegidas.

María Teresa Quintana de Pearson, arrogantemente hermosa, una de las personalidades de mayor relieve en nuestra sociedad...

Anatilde Guerrico de González Segura, cuyo encanto proverbial es el distintivo de todas las representantes de su prestigioso apellido... María Rosa Lezica Alvear de Pirovano, que conserva en el apogeo de su vida, toda la ingenua y encantadora expresión de su rostro de niña deliciosamente buena...

Enriqueta B. de Catelín, la hermosa y arrogante intérprete de los más grandes maestros contemporáneos; Dalmira Cantilo de Gallardo, Celia Sahores de Luro, y Carolina Benítez de Anchorena, grupo de interesantísimas porteñas cuya fama de belleza no pudo ser eclipsada nunca, por la nueva generación de jóvenes mundanas...

FOTOGRAFÍAS DE WITCOMB.

LA D. D.



MARÍA ROSA LEZICA ALVEAR DE PIROVANO.



MARÍA TERESA QUINTANA DE PEARSON.



ANATILDE GUERRICO DE GONZÁLEZ SEGURA.



ENRIQUETA BASAVILBASO DE CATELÍN.



ELISA ALVEAR DE BOSCH.



CELIA SAHORES DE LURO.



DALMIRA CANTILO DE GALLARDO.



CAROLINA BENÍTEZ DE ANCHORENA.



Página Femenina



Acordes de una música rítmica y melodiosa... ruido de fichas, que no apaga el confuso rumor de incesantes comentarios... después de breve vacilación entre tan distintas tentaciones, subo lentamente la elegante escalera del Tigre-Club, donde una muchedumbre agitada y rumorosa circula por los salones, para desgranarse luego en la poética «passerelle»; una que otra pareja rezagada se inclina para contemplar el mágico reflejo de las luces, sobre las dormidas aguas del Luján, que sólo surcan a estas horas escasas embarcaciones. En los salones se baila, o mejor dicho, se... *tanguea* con entusiasmo, y confieso que hubiera deseado escuchar la cadencia sugestiva de la orquesta sin tener la sorpresa de ver lo que ha llegado a ser el baile en nuestros días!

Cierto es, que muy pocas señoras o jovencitas conocidas son las que se dedican francamente al decantado baile nacional, y que hay algunas parejas, pero muy pocas, que lo bailan, con la sobria elegancia con que cruzaron ante mí, dos recién casados, que habrían inspirado a Gibson una de sus más artísticas páginas; pero esa era, por desdicha, la excepción... Mientras contemplaba con profundo desconsuelo, las actitudes incorrectas, y hasta... sugestivas, de muchas de aquellas criaturas inconscientes, que confunden el *chic* con la extravagancia, fué para mí una verdadera compensación el divertido espectáculo, que me hizo sonreír involuntariamente: un grave y majestuoso caballero, cuya fisonomía y respetable corpulencia revelaban su origen teutón, trataba de bailar tango, con una tenacidad digna de mejor éxito... ¡imaginan ustedes, al romántico caballero del cisne, entregado a tan singular ejercicio? Pero la influencia femenina logra casi siempre su empeño, y la morena compañera de aquel Lohengrin había resuelto, sin duda, nacionalizarlo por completo...

Mientras observaba tan animada escena,

me burlaba de mi incorregible ingenuidad: ¿no es realmente triste conservar a mis años la costumbre de creer a pie juntillas, cuanto leo y cuanto escucho? Imaginaba, gracias a las entusiastas referencias de mis colegas, que los jueves y domingos del Tigre, tenían el don de congregar sin excepciones, a todo el «dessus du panier» de tan aristocrática región, como también, a la numerosa falange de mundanas, que se encuentran aún en nuestra cosmópolis... ¡Vana ilusión! Olvidaba, que, por una ley natural, la marea sube, rodea y lo invade todo... Entre aquella marea humana que amenazaba ocultar todo lo bello y lo armonioso, logré descubrir algunas de las siluetas femeninas, cuyo encanto personalísimo y singular elegancia las hacía destacarse entre aquel abigarrado conjunto, clasificado cruelmente de «baile de máscaras» por una de mis compañeras...

Sara Lacroze de Martínez de Hoz, hermosísima y arrogante, las señoras Fernández Guerrico de Madero, y Fernández Guerrico de Vivot, llenas de juvenil encanto: las esbeltas figuras de Lucrecia Bunge Guerrico de Oliveira César, y Florencia Lezica de Tomkinson: Corina Fauvety de Giménez Videla, Ernestina Quesada de Guerrero, Sara Vivot de Cruz, María Josefa M. de Villegas: luego, entre el grupo de jovencitas, la interesante señorita de Vivot, que con las señoritas de Pearson Casá y de Pearson Quintana, eran sumamente atendidas; la atrayente y lozana belleza, de María Cristina Méndez, de las señoritas de Lacroze, de Fauvety, de Peralta Martínez... Este grupo que podía reconciliarnos con la elegancia y distinción porteña, era esa noche harto reducido, y la monotonía del espectáculo, me hizo abandonar los salones, en momentos en que pude presenciar la llegada de varios autos, de los que descendían elegantes y ágiles siluetas; pero éstas no subieron la escalera en cuya baranda me apoyaba, esperando verlas pasar a mi lado... Recordé entonces las vibraciones de otra música misteriosa y fascinadora, cuya sugestión suele ser irresistible...

«Tous les jeux de hasard, n'attirent rien de bon» — dijo en sus tiempos, el célebre poeta y jugador Regnard... Pero se suceden las generaciones, evolucionan las costumbres y persiste siempre la invencible afición: desde que algún bien intencionado inventara que la educación de la infancia no debía limitarse a juegos higiénicos, porque era menester que los niños aprendieran también juegos pueriles que hicieran descansar sus cabecitas, ocupándose de tonterías, tuvieron los hombres el mejor de los pretextos para inventar juegos inofensivos que les evitaran toda *tensión de espíritu* como un merecido descanso, después de las fatigas que les impone su complicada existencia: el interés fué entonces la lógica consecuencia de tan pueriles intenciones, y hoy no podemos arrancar el juego, de nuestras costumbres, como no podríamos librar

a la humanidad de su perseverante ligereza...

Al ver cruzar ante mis ojos, ágiles y apresuradas, a muchas de las más interesantes personalidades de nuestro mundo femenino, a las que acompañan correctísimos *snoobs*, surge involuntariamente en mi espíritu, una evocación de antaño... ¿será acaso sugerida, por la moda del momento? En la penumbra del recuerdo aparece una majestuosa y aristocrática dama, ataviada con ahuecada y amplia falda de brocado, calzados de raso negro los menudos piecitos y cruzados sobre la transparente media blanca, sus graciosos atacados: una rica manta de chapa española, completa el tocado de la gran dama porteña, dócil entonces como ahora, a la irresistible tentación de exponer su caudal... era el fiel esclavo, quien se hacía cargo entonces de la pequeña talega repleta de onzas de oro: en cambio, la práctica y decidida porteña del día encierra en primorosa malla de oro su carnet de cheques... Confesemos que en otros tiempos no era tan corriente como ahora la afición a los juegos de azar, y que si hubo época de nuestra gran aldea, en que no faltó a la aristocracia porteña una Madame de Sainte-Amaranthe, en cuyos salones jugaran fuertes sumas los prohombres del país, pocas eran las damas que concurrían a aquel círculo, que no contó desgraciadamente con una cronista tan fiel como Madame de Sévigné, a cuya pluma debemos el haber *presenciado* las célebres partidas de revesino que se jugaban de tres a seis de la tarde en las habitaciones del Rey Sol. Formaban el círculo de Luis XIV las más hermosas mujeres de la época, entre las que la célebre Montespan eclipsaba con su elegante suntuosidad hasta a su misma soberana... A los salones de Madame de Sainte-Amaranthe, acudían luego todos los grandes de la corte; pero qué dirían, aquellos solemnes y ampulosos personajes, esas damas de andar sereno y majestuoso, si les fuera dado contemplar el vértigo que domina a las nerviosas y parlaras porteñas, que siguen con febril ansiedad los caprichosos saltos de la bolilla cuya caída ha de llenarlas de angustia o de alegría? Una delicada jovencita lleva tal carga de fichas entre sus frágiles manecitas, que antes de llegar al sitio elegido, ha derramado en su camino una crecida cantidad... Me sorprende que, tan niña, busque las intensas emociones de la ruleta, pero al preguntarle su nombre, recuerdo que la vida ha sido cruel para ella, y mientras los años no la concedan la conformidad necesaria para orientar su existencia con un absoluto desprendimiento de los intereses de este mundo, sus afilados dedos seguirán sembrando en esa sala los circulillos multicolores que representarían dicha y alegría para tantos otros seres... Veo llegar también, e instalarse en su lugar acostumbrado, rodeada, como siempre, de su brillante cortejo de satélites, a una interesante figura de matrona, muy hermosa aún, y célebre por su gene-

rosidad y desprendimiento: perlas en profusión y airosos penachos ostentan también otras figuras, que en plena gloria de la vida, cuando todo les sonríe, pierden largas horas de su existencia, cometiendo el «horrendo crimen de matar el tiempo...»

Al abandonar el interesante recinto donde se agitan y desvanecen tantas ilusiones, pude anotar aún una curiosa anomalía: un distinguidísimo caballero, que pretendía penetrar en los dominios de Alí-Babá (la expresión no me pertenece, la oí a una de las perdedoras...) sin conocer la mágica consigna, o como diríamos con vulgarísima frase: *sin ser socio*, tropezó con la inflexible severidad del arcángel que guardaba esos dinteles, con tanta entereza como si hubiera podido valerse de la fulgurante espada... Había que ejecutarse, y pagar su entrada, pero el conocido y prestigioso *snoob*, que llevaba en su cartera varios billetes sonrosados, con la seguridad de verlos multiplicarse pocas horas después, no consintió en depositar a la entrada la modesta contribución que se le pedía, puesto que consideraba que a un caballero de su alcurnia no podían detenerle con semejantes pequeñeces... A no ignorar el humilde arcángel la existencia de la famosa divisa del Duque de Lévis, podría haberle dicho: «Noblesse oblige...»

Al instalarme en el fiacre que debía conducirme a la estación, contemplé largamente el espectáculo feérico que no debí analizar de cerca, para no hacerle perder el sugestivo encanto de las cosas lejanas... y arriba, en la penumbra, una pareja rezagada, que contemplaba el reflejo de las luces sobre las dormidas aguas, serenó mi espíritu, elevóme el corazón... Siquiera ellos murmuraban «l'éternelle chanson...»; no *tangueaban* ni buscaban violentas sensaciones que turbaran la exquisita placidez de ese momento... Y lamenté entonces, más que nunca, no poseer el misterioso poder de alguna hada bienhechora, y fijar infinitamente la breve dicha de aquellos dos desconocidos.

La Dama Muerta.



DE Selma Lagerlöf
PENSAMIENTOS
INSPIRADOS
POR LA
GUERRA
Traducción de la Sr.
Elevisia C. C. M.
de Torello



Cuando yo era niña, oía hablar con frecuencia a los ancianos, acerca de tres cosas maravillosas que debían hallarse en la tupida selva que bordeaba por el este el solar de nuestra casa.

Era la primera, una hermosa flor blanca, tan extraordinaria que no podía encontrarse otra igual en la tierra. Decían los ancianos, que ignoraban dónde crecía la flor, pero que seguramente allí habría de encontrarse. Se la debía buscar entre un grupo de abetos, a la orilla de un pantano cenagoso; era todo lo que podían decir... Tal vez alguien podría llegar hasta ella, y traerla, para que otros pudieran percibir su fragancia, y contemplar el resplandor de sus plateados pétalos, que habrían de admirar al hombre, más que los del lirio o de la rosa.

La segunda de las maravillas, yacía oculta en lo más profundo de la selva; era un ma-

nantial medicinal, cuyas aguas oscuras y brillantes, brotaban rumorosas de las raíces de un frondoso abedul. En otros tiempos, llegaban hasta su margen los peregrinos del dolor: ciegos, inválidos, que allí recuperaban la perdida salud. El hombre que tuviera la dicha de hallar el manantial, lograría ser tan amado por sus semejantes, como el Ángel de Betsaida.

La tercera y grande maravilla de la selva, tan difícil de descubrir como las anteriores, era una antiquísima y abandonada Iglesia, que subsistía desde los remotos tiempos en que la humanidad fuera aislada por la Gran Peste. Existía aún, oculta en la región más impenetrable de la selva, circundada de pinos, solitaria, abandonada... No podía jactarse de la perfección de un abovedado cielo raso, ni de las modeladas columnas que debieran sostenerla. Tupida y alta capa de musgo cubría las maderas de su techo y de sus muros, tan tupida, como jamás ha crecido en la superficie de las rocas.

Jamás tuvieron vidrios sus ventanales; el sol atravesaba libremente las luminosas aberturas, hasta que fueron cerradas con postigos, por muchos, muchos años... desde el lejano día, en que un sacerdote, abandonado por todo su rebaño, cantaba su última letanía en el sagrado recinto.

Lenáronse luego de matas de helechos las luminosas aberturas, cayendo sobre ellas, largas barbas de musgo, que las ocultaron a los caminantes, cazadores o leñadores, que pasaron ante la iglesia creyendo a la distancia, que fuera sólo una muralla de piedra, o tal vez alguna mole arrojada allí, por gigantes legendarios y enroscada sobre el umbral que ninguna planta humana holló jamás, desde que la muerte negra lo devastara todo, yace al sol, una serpiente.

La iglesia permanece sola; ni un rastro queda de los hogares que la circundaban; permanece sola, para atestiguar que ella fué en el inmenso bosque, en medio de las colinas que lo limita, el centro de la vida de los seres humanos que guardaron sus rebaños, que araron, sembraron y recogieron la cosecha de sus campos; que en medio de sus danzas, fueron dichosos y formaron sus hogares, en la seguridad que su generación estaba destinada a habitar este mundo, hasta su fin.

Todos han desaparecido, y sólo permanece la vieja iglesia para referir historias de enfermedad y muerte; recordar a los niños huérfanos, vagando en derredor de sus abandonados hogares, a los amantes, que separó la huída en medio del terror, la esterilidad de los campos, las casas arruinadas, y todo el horror de la devastación que assoló la comarca, invadida luego por la vegetación que puso barrera a la muerte, cubriendo con su velo de zarzas y de musgo su violenta acción destructora.

En otros tiempos, en días llenos de sol, bandadas de jóvenes de ambos sexos se internaban en la selva, con el propósito de descubrir las tres maravillas cuya existencia afirmaban los ancianos, por haberlo oído asegurar a sus mayores, cuando ellos eran jóvenes aún.

Pero todas las investigaciones eran infructuosas, y a pesar de atravesar el lago pantanoso, y escalar los picos de la montaña, regresaban desalentados a sus hogares, dudando de la leyenda transmitida de una a otra generación.

Y hoy, cuando me es dado transitar por el camino que conduce a la selva, abrigo siempre la esperanza que podré contemplar de improviso, entre un mazo de abetos, la nivea corola resplandeciente: que podré oír

el murmullo del sagrado manantial, surgiendo de las raíces del abedul.

No deseaba en cambio descubrir la Vieja Iglesia. Me espantaba aquella antigua construcción, en cuyo recinto se elevaron sin hallar respuesta, angustiosas súplicas, tristes lamentaciones, ardientes jaculatorias... Pensaba que se había envuelto voluntariamente en un manto de impenetrable musgo, para ocultarse, y que ningún ser humano pudiera penetrar donde un pueblo entero, suspenso al borde de la desesperación, se arrodillara implorando inútilmente.

Pero ahora, desde que la guerra nos ha invadido, quisiera hallarla; no me preocupan ya, ni flores, ni manantiales: deseo descubrir la vieja construcción, testigo otrora de desolación y muerte, y hablarle así: «Ha vuelto una vez más la era de la devastación. La muerte reina sobre los pueblos, amontonando víctimas. Los niños vagan abandonados, los campos no pueden sembrarse, las ciudades están devastadas como los campos y buscando los Templos de Dios, se elevan las voces y lamentos. El mundo que he llamado mío, se destruye y se derrumba, como el mundo que fué tuyo. No existe recinto más apropiado para recibir la tristeza mía, que el tuyo, ruina vetusta, que serás refugio de mis plegarias. Mi alma, que ha perdido toda alegría y voluntad, ha enmudecido como tú, porque no posee campana para repicar, ni voz para elevar sus himnos. Se halla empujécula y abatida, no ve más que desequilibrio y confusión, escenas de horror y muerte que la cohíben, le impiden toda iniciativa generosa: siguiendo tu ejemplo, pobre Vieja Iglesia abandonada en medio de la soledad, mi alma quisiera ocultarse y sus traerse para siempre, de la mirada de los hombres.»

Frivolidades.



Una escena que casualmente presencié hace pocos días, me sugirió la idea de insertar, entre estas «Frivolidades», algunos principios que convienen a las mamás jóvenes y que no siempre son puestos en práctica, esperando que el «mañana» nunca lo bastante lamentado, las ayude a enderezar malas mañas, hijas de mimos exagerados, que luego hacen infelices, no sólo a los padres sino también a los niños, que llegan a convertirse en seres odiosos!

Un jovencito muy conocido a quien encontré hace pocas noches en un cinematógrafo a la moda, se hallaba en compañía de su madre y sus hermanas. Hablaba en voz muy alta, accionaba exageradamente, y a los repetidos «chist» de la concurrencia, la madre se inclinó hacia él y le hizo una advertencia.

¡Nunca lo hubiera hecho!... El mocoso lo volviéndose como picado por una vibora, respondió a su madre con altanería, en tér-

minos muy poco corteses, y por último, poniéndose de pie, al mismo tiempo que increpaba a la distinguida señora que lo miraba con los ojos llenos de lágrimas, tomó su sombrero, y dando un empujón a la silla salió del palco, dejando solas a las tres mujeres.

Recordé entonces que hace apenas diez años, ese mismo jovencito de hoy, niño entonces, porque su madre no le atendía debidamente un capricho, la había golpeado con los puños cerrados y le había dado de puntapiés.

¿No es profundamente doloroso que en una sociedad como la nuestra, los padres descuiden en forma tan absoluta la buena crianza de sus hijos? Los niños, por instinto natural, son mal intencionados; si de pequeños no se les corrige porque «hacen gracia», de hombres son luego esos que vemos siendo oprobio y vergüenza de sus familias. ¡Cómo temblarían de ira nuestros antepasados si

vieran a sus biznietos y hasta a sus nietos olvidar que el hombre que no respeta a la mujer, tanto más cuando se trata de su madre, es un villano!

Un conocido autor dice poco más o menos en estos términos, que los niños toman fácilmente la costumbre de encolerizarse y la irascibilidad se convierte en un defecto permanente de su carácter, porque no tienen la suficiente fuerza para luchar contra esta pasión. La primera barrera que se debe poner a la cólera infantil es, por parte de las personas mayores, la más absoluta sangre fría y la más completa desaprobación.

Si los transportes del joven tirano o tirana, se estrellan contra el silencio y la desaprobación de quien los educa, se perderán en el vacío y acabarán por calmarse solos. Ante todo y sobre todo, debe inculcárseles el respeto por sus mayores. Un hijo que respeta a su madre tiene más probabilidades de llegar a ser hombre de mérito que aquel que la veja o la trata de igual a igual.

Hasta en los más humildes centros se ve la tendencia del respeto a la madre, por brutal que ésta sea a veces con sus pequeños.

Sin ir más lejos, frente a mi ventana ocupa ahora un banco en la plaza, una bandada de chicleos sucios y desarraigados que pelean a gritos por unos cobres. Las voces llegan a mí en una confusión de imprecaciones e insultos... Uno, muy chiquito, se ha sentado en el banco con enorme dificultad, — porque apenas le alcanzan las piernas, — a presenciar la pelea.

Viste un pantaloncito que fué gris, en un tiempo, al que sirven de adorno dos soberbios agujeros! Una chaquetilla rabona, que ya no tiene color, deja al aire los dos coditos cascarudos y sucios; un montón desordenado de rulos rubios cubre su frente. Tiene en la mano un muñeco sin cabeza; pero se adivina por el traje de colores rabiosos, que debe haber sido un payaso en sus buenos tiempos.

Cuando cree que no lo ven sus compañeros, lo aprieta más estrechamente y le da un beso...

Mirando al «pillo» he sentido como un nudo en la garganta! ¡Qué mezcla de pena y de risa daba el verlo! ¡Diferencias de la vida!

Mientras los niños ricos, mimados por la suerte, olvidan sus valiosos juguetes indiferentes a tanta riqueza, otros pobres, muy pobres, se contentan con un muñeco desca- bezado que llega a ser el compañero más querido de una niñez miserable.

Deshece el grupo la llegada de dos mujeres desgredadas, que repartiendo bofetadas y tirones de orejas arrian como a carneritos a los bulliciosos, mientras el rubio, que ha ligado también un estrujón, aprieta fuertemente a su muñeco contra el pecho, siguiendo a su madre a pasitos cortos, ¡sin protestar!... ¡Más feliz es esa madre miserable que tiene un niño que recibe conforme el castigo justo o injusto que se le infiere, que la otra dama del gran mundo que tuvo todos los medios a su alcance para educar a su único hijo varón, que hoy la insulta en público como agradecimiento a tanto mimo!...

Un niño es la alegría, el complemento de la felicidad de un hogar, y la mayor responsabilidad también para sus padres. Esos seres, entregados como flores en capullo a manos de quien tanto los quiere, suelen ver malogrado su porvenir por ese mismo cariño mal entendido. Sin violencias, sin brusquedades, se lleva a un niño de la mano por el camino de la vida, enseñándole a apartar de él las dificultades de que nos vemos rodeados...

Y no he podido dejar de sonreír al oír a una madre muy joven, que sólo tiene una hijita, decir sentenciosamente: «¡se cria a los hijos como se puede, y no como se quiere!» Y cuando esa madre, que vive adivinando hasta los menores caprichos de su hijita, no la tenga ya a su lado para complacerla, como nos lo enseña la triste ley de la vida, esa niña, que nunca tuvo barreras para sus deseos, se sentirá desgraciada, y lo será sin duda, ¡porque no se puede vivir como se quiere!



¿Quiere Usted Saberlo?

Una animada controversia presenciada últimamente, me ha inducido a incluir en esta sección, el curioso origen de la divisa que ha ostentado desde muchos siglos atrás, el Imperio Austriaco. Me anima también a hacer conocer muchas anécdotas, a las que prestan singular interés las actuales circunstancias, y divisas curiosísimas, olvidadas ya, a fuerza de ser viejas...

Fué Carlos V quien impuso al Imperio de Austria (Autriche) la divisa de las cinco vocales, A E I O U, que simbolizaban, a su parecer, las cinco palabras latinas: «Austriacarum Est Imperare Orbi Universo», y también estas cinco palabras alemanas: «Alles Erdreich Ist Oesterreichs Unterthan», que traducidas al castellano, significan: «Austria pertenece el Imperio del mundo...»

Otros las han interpretado así: «Aquila Electa Iovis Omnia Vincet», cuya traducción, viene a ser: «El Águila, ave preferida por Júpiter, lo vencerá todo.»

Al lector corresponderá interpretar esta divisa, según sus sentimientos... Y después de reproducir la simbólica divisa atribuida a Carlos V, me parece también muy oportuno reproducir las últimas palabras del Condestable Duguesclin, al caer, dominado por grave dolencia, ante Chateau-Randon: «Acordáos, que donde quiera que hagáis la guerra, deberéis respetar a los sacerdotes, a las mujeres, a los niños, y a los ancianos». Estas palabras, las últimas que pronunciara ante sus soldados, el glorioso jefe de los ejércitos de Francia, al morir en el año del Señor de 1380, parece que vibraran aún en el espíritu de los herederos de la gloria y heroísmo del Gran Condestable.

Y ya que hemos evocado el recuerdo de dos grandes hombres de la historia, como Carlos V y Duguesclin, conviene reservar breve espacio para la divisa femenina, cuya grandeza no necesita comentarios.

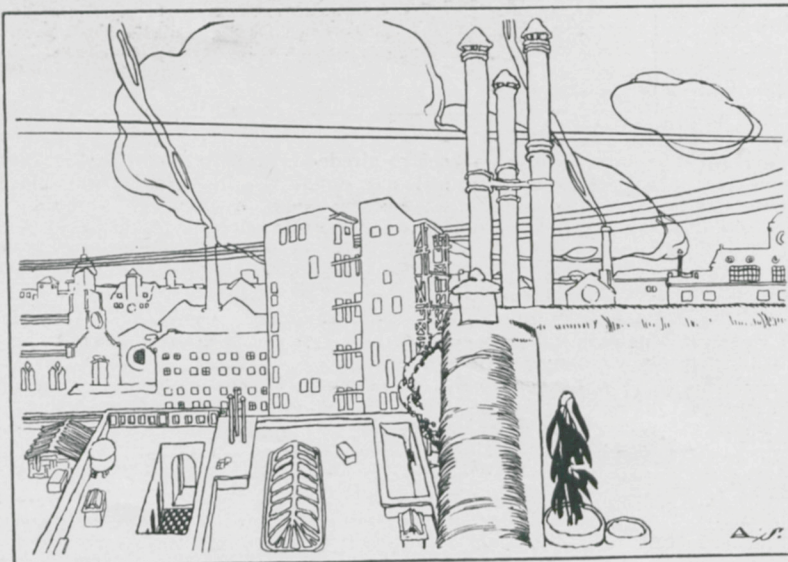
«Sufrir o Morir.»
Santa Teresa de Jesús.

Respuestas: Dama de Pique.

Voy a darte la explicación que pides de la frase histórica: «Marqués, habéis perdido: tres Reyes y yo, somos cuatro.»

Jugaba a los naipes el Rey Luis XV con su primer gentil hombre de cámara, el Marqués de XXX. El monarca tenía por juego tres reyes, y el marqués, cuatro sotas (en francés, Valets).

Al tenderse el juego, y viendo el astuto Luis XV que perdía, dijo la conocida frase: «Marqués, habéis perdido: tres Reyes y yo, somos cuatro». Pero el Marqués le respondió con gran aplomo: «En ese caso, Sire, Cuatro Valets y yo, sumamos cinco, por consiguiente soy yo quien ha ganado.»



LES TOITS Por Maria Luisa Pawlowski Molina

Il est doux de regarder longtemps dans les toitures
La vue errante et vague comme un oiseau marin
Une longue sérénité s'en détache sans murmures
Et l'on se perd doucement, dans un rêve sans fin.

Les toits sont apaisants. Ils vivent d'une vie pure
On dirait qu'ils songent... Ils sont tristes et distraits
Parfois un grand arbre dépasse les toitures
Et c'est comme une aumône de printemps où d'été!

J'aime les fils de fer qui les traversent entiers
Avec du linge clair que la brise balance
Et c'est dans le soir une mystérieuse danse.

Lente et molle — des spectres légers...
Toits si bons au regard qui, làs se réfugie
Dans vos tranquillités ou vos mélancolies...

Juin, 1916.



Como miembro del Jurado del Concurso Literario organizado por la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres, y por los trabajos presentados a dicho concurso, ¿qué opinión se ha formado usted de la intelectualidad femenina argentina?

RESPUESTAS

Los trabajos literarios presentados en el Concurso organizado por la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres, demuestran que la intelectualidad femenina argentina está haciendo grandes progresos y que son muchas las mujeres estudiosas en nuestro país.

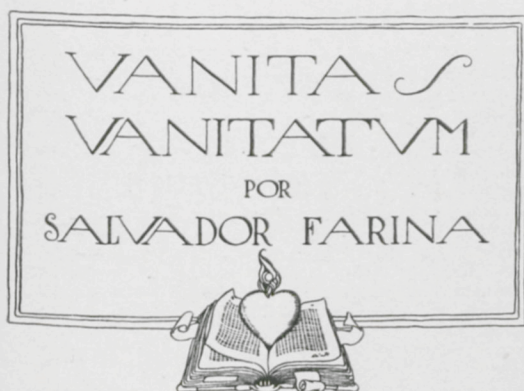
MERCEDES M. DE DE BRUYN.

Opino que la intelectualidad femenina argentina ha sufrido en estos últimos años una gran evolución; pero en lo que se refiere a su producción literaria, creo que está en formación, y dado el temperamento artístico de nuestra raza y su gran poder de asimilación, es importante sea bien orientada hacia el estilo fluido, claro y sencillo que caracteriza la literatura francesa, cuya superioridad es en mi opinión indiscutible.

HILDA VIEYRA DE DIAZ VALDEZ.

Las composiciones que hemos leído son todas de fondo moral y muchas de ellas sumamente idealistas, pero la forma de exponer estos ideales es tan confusa, que los trabajos se hacen de una lectura pesada y difícil de comprender. La mujer intelectual argentina debería organizar sus ideas y perfeccionar su estilo. No basta que el pensamiento sea elevado para hacerlo sentir, es preciso que sea lucido. A estos trabajos les falta la parte quizá más ingrata de la corrección: esa labor paciente que lima y da brillo a la materia literaria, sacando lo inútil o incorrecto y no dejando sino lo mejor y lo que viene a ser la más pura expresión del pensamiento.

ADELA GRAMAJO.



En sus hermosos años juveniles, velando a veces la noche entera, un psicólogo amigo mío llegó a conocerse un día a sí mismo... pero un poquito solamente. A menudo la vida le deparó después tales sorpresas, a las cuales no estaba preparado; y entonces fueron otras indagaciones las que realizó con respecto a su manera de ser y la de sus semejantes, y nuevos propósitos de mejorar aquella parte de él mal encerrada en la otra que empeoraba siempre, porque envejecía sin remedio. En sus investigaciones antiguas y nuevas, él se encontró frente a un pecado, el cual le pareció entre todos los otros el más dominante de cuantos pecados posee la humana miseria.

Y es la *vanidad*.

Antes buscóla en sí mismo y la quiso ver bien despojada de su *yo*; mas la tentadora tomó nuevos aspectos para introducirse inobservada en esa alma observadora y atenta, y alcanzó a disfrazarse con el vestido de otro pecado venial, tal vez con el de una virtud; y tan bien alcanzó su designio que el psicólogo llegó a tolerarla, y quizás hoy todavía la tolera un poco. Esta investigación afanosa de sí mismo no es aconsejable a la buena gente que desea pasar la vida alegremente, ni tampoco a aquella otra que ha puesto como fundamento de la humanidad la materia ciega o la enfermedad de la nada. Pero, para la gente curiosa de los casos ajenos y no de los propios, (¡hay todavía tanta!), puede ser de utilidad.

Ese psicólogo me dice: la envidia, que hace tanto mal en la vida, deshojando toda flor que nace a su lado, la envidia incapaz del bien para ella y para los demás, es el pésimo fruto de la vanidad ofendida. Y cuidado: para ofender al envidioso es suficiente algo que sea menos que nada; tú lo ofendes aun cuando le prestas un servicio, porque tu generosidad te eleva sobre su baja. Bien lo sabes: la víbora, no pudiendo llegar hasta el hombre, le muerde el talón; y ¡ay de él! si el talón del hombre está desnudo.

Y la soberbia (continúa mi psicólogo), la cual parece tan desigual de la vanidad, ¿qué otra cosa es sino la vanidad hinchada por una especie de hipertrofia? Quizás estuvo largamente satisfecha de sí misma, y aprendió en seguida el desdén de sus similares y ocultó con bajas astucias sus mezquindades. Ahora no quiere ser humilde, casi se irrita de ser reputada como tal; pero si la tocas, la soberbia es todavía *vana*.

Cuando algún día te asalte la idea de mostrarte orgulloso a tu vez, y fingir el desdén (que es después de todo su arte), la verás mendigar el elogio que tanto codicia, si bien demuestra no sustentarse nunca con ese alimento.

¿Y la ira?

El mal que ella hace en la vida social deriva casi siempre de la vanidad ofendida, que no del traicionado interés. Mi amigo el psicólogo jura que las historias no contarían con tantos falsos héroes, si no hubiese sido por la traducción de este mezquino sentimiento.

Alguien os ha hablado alguna vez del *teppismo* (la mala vida), que reinó un poco y quizás reine todavía. Con este nombre se entiende un estúpido espíritu de rebelión que llega hasta la proeza del asesinato.

Los *teppistas* son jovencitos de escasas e infundadas esperanzas para la patria; pero, si tienen un cuchillo en el bolsillo, y siempre lo llevan, se creen los dueños del mundo.

La palabra *teppismo* trócase en Turín en *barabbismo*; en otros sitios también cambia de nombre, pero en todas partes y siempre es la misma enfermedad *heroica* surgida por una vanidad preñada de mal.

Hablar de otros pecados mortales que se coaligan con la vanidad, sería cosa de no concluir nunca. Pero demos juntos una mirada a la virtud, o a aquella que más se le asemeja.

¿Y cuál se le parece mejor que el amor? Sin



embargo, mirad a vuestro alrededor jóvenes amigos enamorados; después mirad dentro de vosotros mismos: ¡cuánta vanidad se esconde en el nombre sagrado del amor! Hasta aun cuando que, por un exceso de pasión erótica, dais una tortura a la mujer amada o imploráis en frenéticos arrebatos, no estáis seguros que en esos momentos la amorosa locura sea genuina: tanto que muy a menudo los celos no provienen del amor enfermo, pero sí de la vanidad ofendida.

Vanitas vanitatum — traducido: vanidad madre de toda mentira. — Si, porque cuando la vanidad se acopla al interés, son marido y mujer, y de sus nupcias nacen legítimamente, la estafa, la falsedad, en fin, todos los embustes y engaños. Porque, si la vanidad se queda solterona y trabaja... ¿cómo decir?, por cuenta propia, por amor al arte, sus bastardos son las mentiras *inocentes* que obstaculizan la vida, no la tornan jamás bella y a menudo la deslucen.

Las mentirillas (no inocentes, porque la inocencia es desconocida para la mentira), son las alabanzas inútiles, las fanfarronadas, con las cuales la mitad de los hombres tienta engañar a la otra mitad. Y son las tinturas doradas, las pelucas, los coloretes, los polvos, los senos, las caderas, en suma, el amor a los postizos, por virtud de los cuales cree la mujer tal vez aparecer más bella, para que las amigas sientan despecho y los amigos adoración.

Tropezamos a cada paso con alguien que narra su propia franqueza y dice que es de una integridad perfecta, puro cristal de roca, agua de limpiada fuente, jamás ensuciada por la mentira. No le creáis. Se alaba. Si hay alguien que verdaderamente es lo que ese otro dice ser, éste no lo dice. Y existe el fatuo capaz de llegar hasta la ofensa villana; pero él jamás es sincero; sólo tiene la idea fija de dar muestras de su franqueza, y por esta razón pone en la vidriera el artículo que más le falta.

Mi psicólogo ha conocido a un individuo que a fuerza de penar y de ahorrar había pasado de la miseria a la riqueza. Durante gran parte de su vida no hizo otra cosa que amontonar dinero; y apenas lo tuvo compró con usura y revendió con *honesto* provecho, hasta llegar al millón hechicero, por el cual nacieron para él toda clase de honores. ¿Y de qué cosa creéis que él hoy se alaba? ¿Acaso

de la fuerza de voluntad que lo sostuvo en el principio de la atribulada carrera, o de los honores obtenidos ahora que su vida está declinando? ¿O de la astucia que puso en juego en la compra y venta, o de la parsimonia que antes lo ayudó y de la avaricia que después lo fortaleció como una roca?

Nada de todo esto: hoy él se jacta de la generosidad que jamás poseyó en su alma. Si la palabra no hubiese sido ya inventada, desearía se inventase para él, porque se jacta... — ¡admiradlo! — se jacta de... *altruismo*.

A un escritor ilustre y honesto, no hace mucho tiempo, otro escritorzuelo ignorado, sintió la imperiosa necesidad de publicar en los diarios que las obras de ese *honesto* ya no eran leídas ni por las maestritas de las aldeas. El adjetivo *honesto* debía ser una injuria; y el injuriado quiso proporcionarse el placer de enviar a ese pobrecito un recuerdo de su villanía, consistente en un libro suyo, manifestándole, que no lo había siquiera molestado. Ahora bien; el pequeño jactancioso, queriendo ser más villano todavía, contestó que había dado a leer ese libro al mozo ayudante de su barbero.

Y de aquí nace la duda: ¿hay una barba para aquella cabeza, o hay una cabeza para esa barba?

En verdad, la vida social sería mucho más fácil si cada persona aportase su pequeña contribución de investigación psíquica hecha en sí misma y no abandonase esta labor a los charlatanes de la vida, los cuales raras veces la usan a conciencia, pero sí muy a menudo se sirven de observaciones preparadas para erigir en forma paradójica sus despropósitos monumentales.

De este modo, encaminada por el cinismo, pasando por todas las formas del materialismo, la sociedad se encuentra en la actualidad al contacto de las maniobras de los tribunos en la plaza y en las cámaras del trabajo, con charlatanes en la literatura, con vanidosos en arquitectura, con toda aquella gente estúpida o pícara que jamás es nada de nada, como no sea hacerse su nido y bien pronto. Y para hacer más pronto, aceptó la paradoja como evangelio, tomándola en el primer libro famoso de un locuelo célebre.



LUGARES PINTOESCOS

EL ARROYO MALDONADO



Los niños deben una
buena parte de sus
alegrías infantiles a
los incomparables
Bizcochos Canale

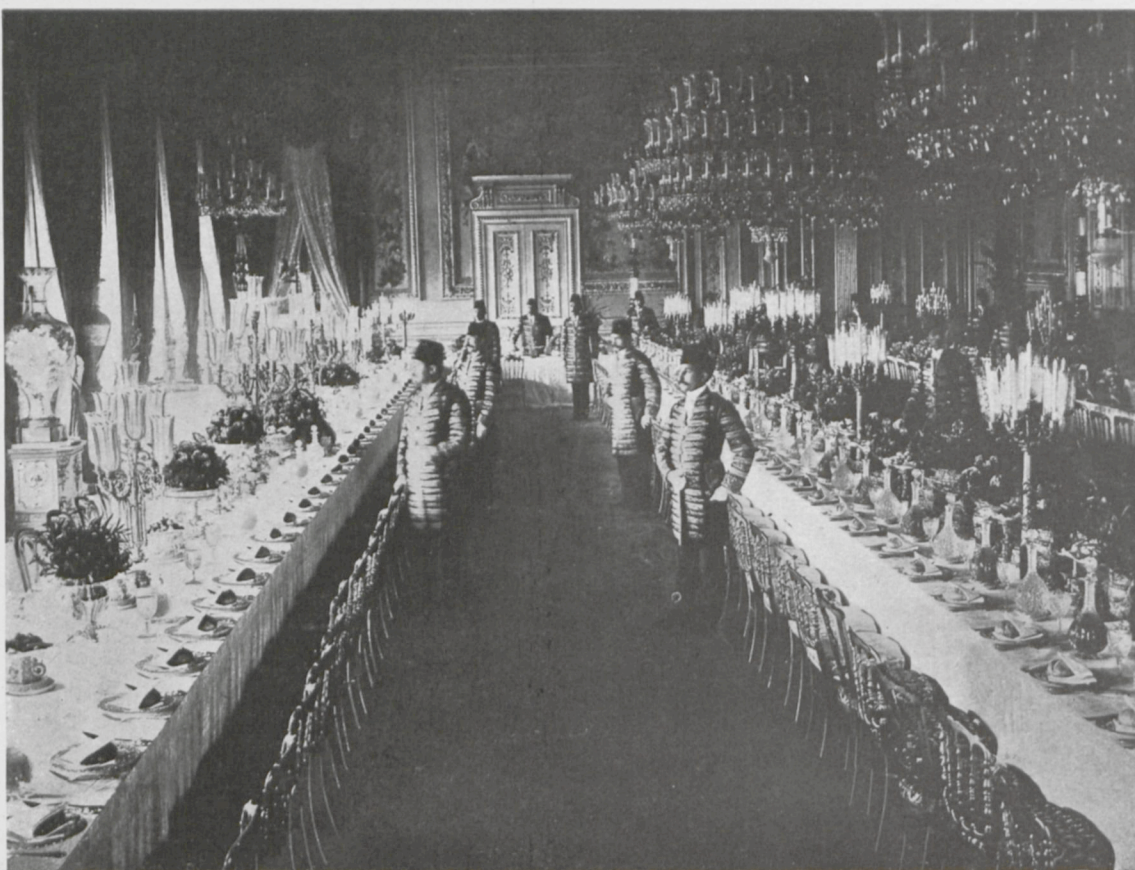


El lujo europeo y el asiático se mezclan pintorescamente en este magnífico salón, donde los Comendadores de los Creyentes dan de comer en días señalados a sus cortesanos y a los representantes de las potencias extranjeras. En este comedor la voracidad europea supo añadir al «menú» pedazos del territorio otomano.

Dos lujos, sí, se mezclan abigarradamente en el sultanesco salón: el fez de los lacayos y los dorados galones de sus casacas; la cristalería oriental y el vino cristiano; los «panneaux» Luis XV y los jarrones chinoscos; la sillería vienesa y las arañas turcas. Parece que tantos y tan distintos componentes, rabiosos de hallarse unidos a la fuerza, van a saltar en todas direcciones pro-

yectados a distancia como los componentes de la dinamita. Lujo explosivo pudiéramos llamarle, y quizás la historia estuviera conforme.

COMEDOR DE GALA DE LOS SULTANES OTOMANOS



SALÓN EN EL PALACIO DEL SULTÁN DE TURQUÍA, PREPARADO PARA UN BANQUETE.

Todo este lujo, todas estas comidas, los paga un pueblo de pastores y de campesinos, de comerciantes que conducen rebaños, siembran la tierra o andan la caravana como en los años de profecía y de ardiente fe, en que Mahoma y sus discípulos revolucionaban la civilización comiendo dátiles y absteniéndose del vino. El pueblo sigue cultivando cereales, pastoreando ovejas, transportando mercaderías como en aquel sacro tiempo. Y su fe sigue ardiendo en oraciones y en creencias. Frugal, merced a la previsora naturaleza que desde antes de nacer el hombre conocía la futura invención de los banquetes y de los impuestos, come pocos dátiles para que en el gran salón se reúnan dos lujos y muchas personas,

más o menos encumbradas, más o menos enemigas, y devoren elegantemente los platos que les anuncia un «menú» escrito en francés.

The H.W. Gossard Co.

FLORIDA, 601 - Buenos Aires.

Las reinas de la elegancia no son las mujeres altas, ni las bajas, ni las gruesas, ni las delgadas.

Son las que saben vestir de acuerdo con los dictados de la moda, amoldando su figura — sin oprimirla ni mortificarla — a las exigencias de sus toilettes diversas.

Eso es lo que hacen los corsets y los corpiños Gossard.

Hay corsets Gossard para todos los tipos, para todas las ocasiones, para todas las toilettes.



Wear
Gossard
CORSETS
They Lace In Front

Agencia en Mar del Plata: «La Ciudad de Mesina» - Rivadavia, 2700.

Después del baño: ¡Pabst!...

El tónico insuperable
que ha hecho tantas
generaciones fuertes.

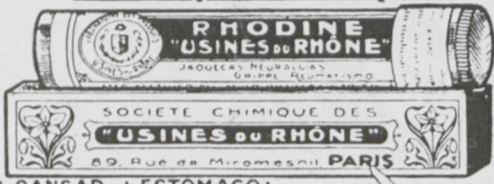


Tubos de 20 comprimidos de 50 centigramos de

Rhodine

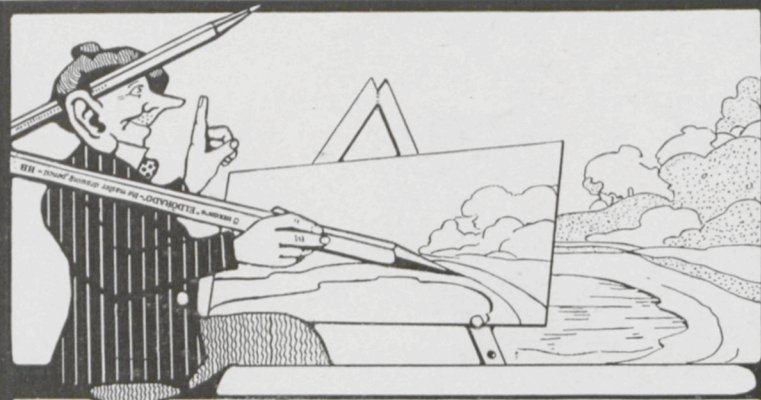
Superior al producto Alemán.

- Unicos comprimidos puros
no manipulados en plaza -



Curan SIN CANSAR el ESTOMAGO:
Grippe - Influenza - Reuma
Dolores de Cabeza. Todas las Neuralgias.

Agentes en Bs. Aires
ALLARD Y Cia.



LOS MEJORES PARA
INGENIEROS, ARQUITECTOS,
DIBUJANTES, ARTISTAS, etc.
EN 17 GRADOS DE DUREZA
PIDALOS A SU LIBRERO

**DIXON'S
ELDORADO**
EL MAESTRO LAPIZ DE DIBUJO



La Giralda

(Comercio de Modas - Sociedad Anónima)

Ropa elegante para
señoras y niños.
Precios moderados.

Carlos Pellegrini, 539
Buenos Aires



Muebles

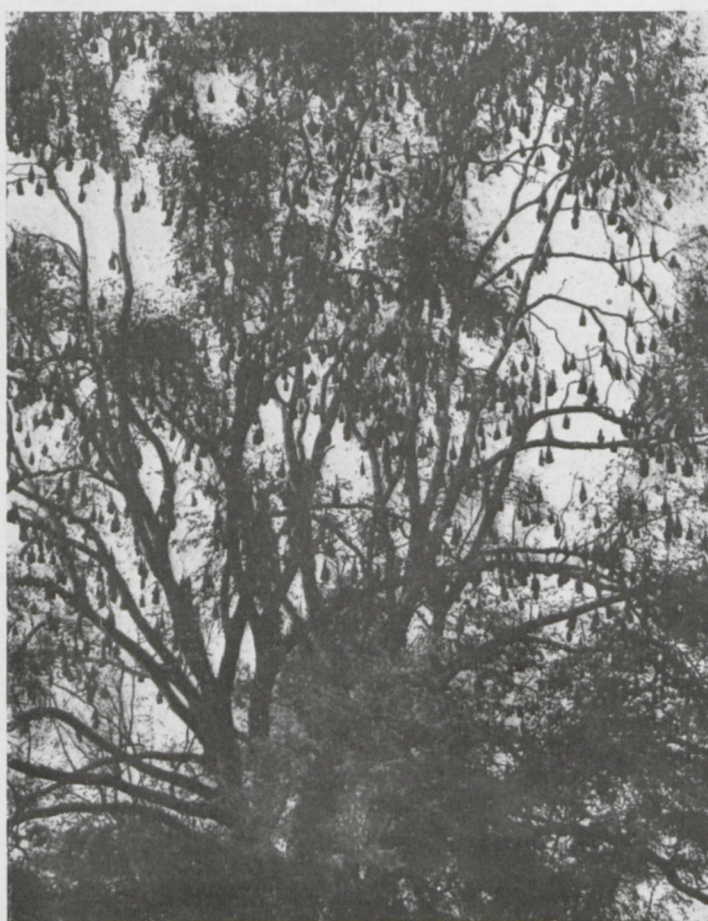
norteamericanos
para escritorios.

Gran surtido en:
ESCRITORIOS de todos ta-
maños y precios, Bibliote-
cas, Archivos, Sillas, Sillo-
nes giratorios, Perchas para
Vestibulo, Mesas para má-
quina de escribir, etc., etc.

PIDAN NUESTRO CATALOGO ILUSTRADO

"La Continental" - Curt Berger y Cía.
BUENOS AIRES, Reconquista, 379 (frente al correo)

EL ÁRBOL DE LOS MURCIÉLAGOS



El «pteropus» es un murciélago gigantesco (hasta 1,50 metros de envergadura alcanzan algunos) capaz de asustar al hombre más bravo, si ese hombre participa de las supersticiones vulgares. Tiene, en efecto, alas satánicas, hocico de perro; en fin, toda la apariencia de un ser perfecta y cuidadosamente embrujado.

Mas las apariencias engañan en este caso tanto como en otros. El «pteropus» resulta un infeliz incapaz de sorber la sangre a nadie. Su vampirismo se contenta con el jugo y la carne de las frutas. Ni siquiera se atreve a comer mosquitos, como sus congéneres de otros países.

Maxim, basándose en la extraordinaria sensibilidad de los pelos que en la cara tienen los murciélagos en general y el «pteropus» en particular, hace años que estudia un aparato destinado a evitar los choques marítimos.



PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Bs. Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN TODA LA REPÚBLICA

Trimestre (3 ejemplares).....	\$ 3.— m/n.
Semestre (6 »).....	» 6.— »
Año (12 »).....	» 11.— »
Número suelto.....	» 1.— »

EXTERIOR

Año.....	\$ oro 5.—
Número suelto.....	» 0.50

Pueden solicitarse suscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la administración, calle Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.

JUGO DE UVA

Armour



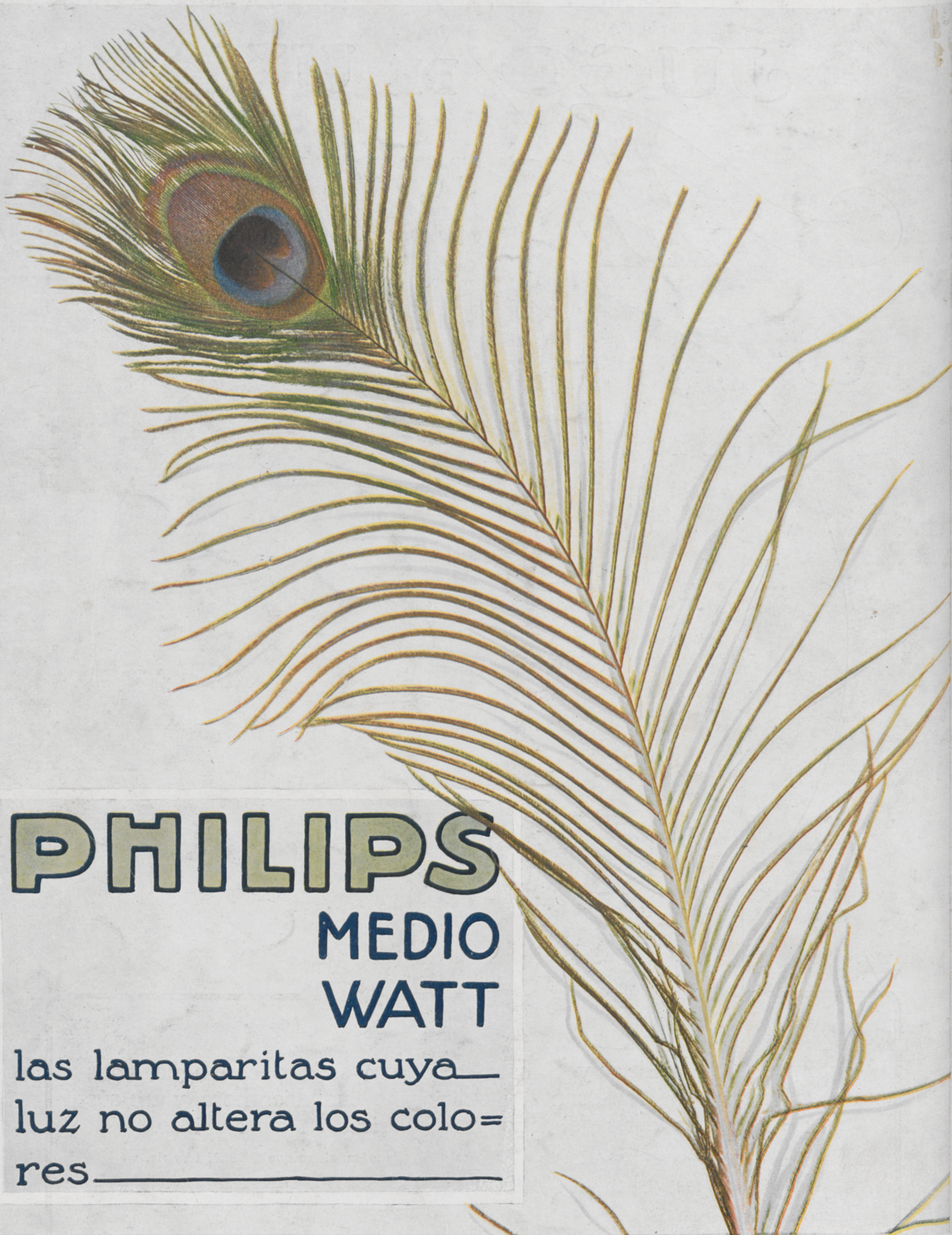
AGENCIA JOHNSON.

Puesto en la heladera y tomado solo, con soda o con agua, constituye una bebida refrescante y deliciosa, a cualquier hora, y un sustituto admirable del vino y del clericot en las comidas.

Sano, puro, sin composiciones químicas. Los niños no sólo pueden, si no que DEBEN tomarlo.

En todos los buenos Bars, Confiterías, Restaurants y Almacenes.

Frigorífico «Armour» de La Plata: Administración, Reconquista, 37-U. T., 5215 (Avda). Ventas al por mayor: Moreno, 1374, U. T. 6442 (Libertad).



PHILIPS

MEDIO WATT

las lamparitas cuya
luz no altera los colo=
res_____

Fabricantes: PHILIPS' METALLIC-GLOWLAMPWORKS, LIMITED, EINDHOVEN (HOLANDA).
Unicos agentes: BOSCO, VILA & MARZONI, PARANA, 220 - BUENOS AIRES.



Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz

2.0	5.6	5.0
2.2	5.3	4.5
2.5	5.0	4.0
2.8	4.7	3.6
3.2	4.4	3.2